

Toros célebres en Navarra

RICARDO OLLAQUINDIA

TOROS CELEBRES DE GANADERIAS NAVARRAS

Os asombrará ver la cantidad y calidad de los toros navarros que han pasado a la historia, escribió José M.^a Iribarren en un interesante ensayo, incluido en su libro *Historias y costumbres*. Los vio él al consultar la bibliografía al respecto; especialmente en la obra de José M.^a de Cossío *Los toros* y en otras que tocan el tema.

Iribarren seleccionó datos referentes a toros navarros que, por su bravura en el tercio de varas y por su incidencia trágica, resultaron ejemplares memorables. A continuación van algunos nombres de esa selección, a la que se agregan otros que por varios motivos se hicieron merecedores de figurar en la nómina de celebridades taurinas.

De Alaiza

«Cortito», colorado, cornicorto, lidiado en Barcelona el 2 de mayo de 1875, cogió al espada Felipe García.

«Coloso», lidiado en Barcelona el 9 de mayo de 1875, cogió a los banderilleros Bernardo Oreja y Manuel Zúñiga.

«Tirabeque», jugado en Barcelona el 9 de mayo de 1875, dio un gran achuchón al banderillero Antonio Valero (*Papelero*) en el momento de tomar las tablas, lanzándole a la contrabarrera.

De Carriquiri

«Martillo», lidiado en Barcelona el 19 de agosto de 1860, tomó 20 varas.

«Manta al hombro», lidiado en la misma corrida que el anterior, salió bravísimo y tomó 24 varas.

«Serenito», lidiado en la misma corrida que los anteriores, aguantó 25 varas.

«Llavero», lidiado en fiestas de Zaragoza el 14 de octubre de 1860, tomó el increíble número de 53 varas, sin volver la cara, creciéndose al castigo en

forma tal que el público, puesto en pie, pidió y obtuvo que fuese devuelto a los corrales; murió al poco tiempo de resultas de los puyazos recibidos. Se le considera como el ejemplar más notable de toro navarro.

«Mainete» (o «Mainate», voz tudelana) luchó el 25 de marzo de 1865 con un elefante en Madrid, corneándole varias veces. El elefante, llamado «Pizarro», se enfrentó en aquel espectáculo sucesivamente a cinco toros de distintas ganaderías. Hay un grabado de la época en que aparece «Pizarro» junto a sus cinco atacantes. El dibujo de «Mainete» es, según Iribarren, «la mejor estampa de toro navarro que conozco».

«Molinero», lidiado en Barcelona el 17 de junio de 1867, cogió al banderillero Juan Sánchez (*Noteveas*) al tomar el estribo, infiriéndole una cornada de seis centímetros en la pantorrilla derecha.

«Sargento», lidiado en Barcelona el 16 de junio de 1867, tomó 24 varas y mató diez caballos.

«Cuartelero» cogió en Vitoria el 4 de agosto de 1867 al banderillero Mateo López Vázquez, que murió el 23 del mismo mes.

«Artillero», retinto, le dio una cornada de gravedad a Pedro Aixelá y Torner (*Peroy*) el 28 de junio de 1874 en la plaza de Barcelona. Lo mató *el Gordito*.

«Borracho», lidiado en Barcelona el 29 de julio de 1867, aguantó 22 varas, dio nueve tumbos y mató ocho caballos.

«Famoso», lidiado en Barcelona el 30 de mayo de 1878, tomó 31 varas y mató diez jamelgos.

«Lobito», lidiado en Barcelona el 24 de junio de 1880 aguantó 21 varas, propinó trece tumbos y mató nueve caballos.

«Provinciano», lidiado en Barcelona el 24 de junio de 1880, tomó con gran coraje 20 varas, propinó doce caídas y mató nueve caballos. De él se escribió lo siguiente: «Sillas, capotes, cuanto encontraba en el ruedo, todo lo corneaba. Tenía tal poder que, corriendo tras el banderillero Antonio Herrera (*Anillo*), tropezó con un caballo muerto, lo enganchó y, corneándole, lo lanzó contra la barrera desde unos diez metros de distancia. Ha sido uno de los mejores toros lidiados en la capital de Cataluña, por lo bravo, duro y fuerte».

«Lancero», lidiado en Tudela el 3 de septiembre de 1881, tomó 27 varas, dejó muertos ocho caballos en el redondel y tres tan mal heridos que fueron rematados en los corrales.

«Asesino», viéndose encajonado, se destrozó los cuernos y las manos contra las tablas, muriendo en la cambreta. Fue en 1882 y estaba destinado a lidiarse en Madrid.

«Buscavidas», lidiado en una novillada celebrada en Madrid el 25 de febrero de 1883, con solo el cuerno derecho tomó once puyas y mató ocho caballos.

«Elefante», colorado, ojo de perdiz y cornalón, lidiado en Tudela el 8 de septiembre de 1883, aguantó 31 varas, propinó doce tumbos y mató cinco jacos.

«Espantavivos», lidiado en Arnedo el 26 de septiembre de 1900, hirió gravísimamente al diestro Joaquín Calero (*Calerito*).

De Díaz (D. Raimundo y D. Jorge)

«Manchego», negro mulato y cornalón, mató en Vitoria el 15 de agosto de 1864 al picador Manuel García García.

«Zamarro», lidiado en Pamplona en los Sanfermines de 1868, tomó gran número de varas, mató nueve caballos y mandó tres picadores a la enfermería, logrando el premio concedido al mejor toro de la feria.

«Cabrero», lidiado en Soria el 3 de octubre de 1881, tomó 22 varas sin volver la cara, propinó diez fuertes caídas a los picadores, mató siete caballos y mandó a la enfermería a un picador.

«Lazarillo», lidiado en Tudela el 17 de julio de 1891, tomó 11 varas y mató seis caballos.

«Sandino», lidiado en Pamplona en 1891, soportó diez caricias de los picadores, proporcionándoles ocho tumbos y matando cinco caballos.

«Centinela» mató en Tarazona el 25 de julio de 1896 al banderillero Rafael Ordura (*Quico*).

«Limón», lidiado en Zaragoza el 15 de octubre de 1899 por el famoso diestro Rafael Guerra «Guerrita» en su retirada del toreo.

De Díaz (D. Cándido)

La ganadería de don Cándido Díaz hizo su presentación en Pamplona el 8 de julio de 1918, segundo día de las fiestas de San Fermín, ante los diestros Gaona, Joselito y Saleri II. Los toros lidiados por Joselito fueron «Gastador» y «Madrileño». Los dos demostraron una tremenda fuerza en la pelea de varas. Galo Vierge «Bonarillo», recordando aquella corrida, contó lo siguiente:

«Joselito», con los de su cuadrilla, se encontraban reunidos ante un velador del Café Iruña, junto al portal donde el dentista Rubio tenía colocada una vitrina de cristal, conteniendo unas dentaduras postizas que se abrían y cerraban automáticamente causando el asombro de chicos y grandes, y el del propio Joselito, que se detuvo unos momentos a admirar aquella ingeniosa propaganda.

Acertó a pasar por allí don Cándido Díaz, acompañado de dos o tres amigos, y con la nobleza ribereña que le caracterizaba, al ver al torero, se dirigió a saludarle diciendo:

– ¿Qué opina Vd. de mis toros, Joselito?

– ¡Hombre, por *Dio*, don Cándido –exclamó el torero–, que a poco me *queo* sin cuadrilla! *Un poquiyo meno* de fuerza en sus toros no estaría de *ma*. No lo digo por mí, sino por mi gente de a caballo, que de tanto golpe que han *resibío* tienen *er* cuerpo *ma* negro, que *er* botijo de un trenero».

Como toros célebres figuran:

«Jardinero», jabonero, lidiado en Tarragona el 28 de agosto de 1920, acometió a los de la pica seis veces, derribándoles en cinco y matándoles tres potros.

«Pelotero», novillo, jugado en Logroño el 11 de junio de 1930, tomó con bravura cuatro puyazos, llegando codicioso a la muerte.

De Elorz

«Jardinero», lidiado en Barcelona el 1 de julio de 1855, cogió al diestro Antonio Luque (*Camará*) ocasionándole una grave herida de unos 12 centímetros de longitud en la tetilla izquierda.

«Perdigón» mató en Vergara el 25 de julio de 1896 al banderillero Florencio Vicente Casado (*Frasculito*).

Sobre sus vacas bravas, el 20 de julio de 1877 se publicó en «El Eco de Navarra», subtítulo diario de intereses morales, materiales y políticos, el siguiente anuncio:

«AVISO. Habiendo desaparecido, al ser conducidas á Francia varias vacas bravas procedentes de la ganadería de D. Pedro Galo Elorz de Peralta, una de pelo castaño, bragada, con el hierro E y debajo el núm. 35, y habiendo ésta pasado por el pueblo de Maya hace algunos días, se suplica à la persona que sepa su paradero se sirva avisarlo à su dueño Sr. Elorz en Peralta à fin de que pase à recogerla».

Se repite el aviso diariamente hasta el 2 de agosto, no apareciendo en fechas siguientes. Ante ello cabe preguntarse: ¿Se encontró la vaca? ¿La dio por perdida el Sr. Elorz y no quiso gastar más en anuncios? ¿Fue aquella extraviada la madre de las famosas «betizuas», las vacas bravas de la Montaña?

De Espoz y Mina

«Llavero», chorreado, claro y ojo de perdiz, lidiado en Pamplona el siete de julio de 1900, tomó siete varas, dio siete caídas y mató siete caballos. Se ve que el toro tenía marcado por el destino el número siete. Lo estoqueó Antonio Fuentes.

De Guenduláin

Un toro de Guenduláin cogió en Valencia, en septiembre de 1786, al diestro, natural de Estella, Jaime Aramburo Iznaga (*el Judío*), que murió en Pamplona al mes siguiente.

Toros de Guenduláin y de Lizaso, lidiados el 25 de julio de 1841 en Tudela, en la última corrida celebrada en la plaza, llamada hoy de los Fueros, acabaron con todos los jacos preparados para el festejo, con los jamelgos de reserva que los gitanos solían atar a la puerta del antiguo matadero, y con algunos de los caballos «tomados de prestado» de las posadas cercanas donde los habían dejado los asistentes a la fiesta, los cuales comentaban primero el parecido de los suyos con los que sacaban los picadores, y después, al enterarse del chandrío, armaron la de San Quintín.

De Lizaso

«Generoso», lidiado en Cartagena el 6 de agosto de 1876, tomó 25 puyazos, siendo estoqueado por Frascuelo.

«Zafranero», lidiado en Pamplona el 8 de julio de 1880, tomó ocho varas, dio cinco caídas y mató dos caballos, siendo estoqueado por Salvador Sánchez (*Frascuero*). Al volcarse el diestro sobre el morrillo, fue enganchado y herido por el animal en el antebrazo.

«Artillero», retinto, fue el primero que se lidió en la corrida inaugural de la plaza de Luchón (Francia) el 23 de julio de 1899, siendo jugado por *Minuto*.

De Pérez de Laborda

«Saltador» lidiado en Barcelona el 12 de septiembre de 1851, aguantó con bravura gran número de puyazos y dejó para el arrastre siete caballos.

«Nevas», lidiado en Huesca el 10 de agosto de 1862, hizo una buena pelea en varas, banderillas y muerte, a la que llegó en excelentes condiciones, a pesar de las 20 veces que los picadores le hicieron sangre; dejó seis caballos para el arrastre.

«Caimán» mató en Huesca el 10 de agosto de 1862 al picador Juan Martín García (*el Pelón*), hijo.

«Peluquero», lidiado en Palma de Mallorca el 20 de agosto de 1850, hizo una pelea bravísima y tuvo una muerte insólita, digna de ser recordada. «El Diario Constitucional» de la capital mallorquina describió así el suceso:

«La función iba bien; los toros, todos habían cumplido, menos el tercero; el público se hallaba más satisfecho de ellos que de la cuadrilla; mas súbitamente cambió el aspecto general con la salida del último toro. Este bicho se llamaba «Peluquero»; era bravo, de intención de muchos pies, gran cabeza y muchísimo sentido; partía sólo al bulto y nunca miraba al engaño ni al trapo; así como por casualidad besó a los dos picadores; los derribó, matándoles los caballos, y salió a los medios de la plaza; al poco salió el tercer picador o sobresaliente y, antes de que se pusiera en suerte, le partió, lo derribó y mató al caballo, siendo con éste tres tendidos en la plaza y tres picadores en la enfermería; la tarde iba ya concluyendo, y los picadores se habían agotado, y el pueblo en vano pedía caballos; la autoridad mandó banderillas para matar, pero no se le pusieron, al parecer porque los chulos que salieron a ella fueron pillados al saltar al olivo y echados muy bonitamente al tendido, sin que quedase en ello la menor duda a los espectadores; disuelta así la cuadrilla, descompaginada, aturdida y con muchísimo más miedo del que se gasta diariamente, en vano la autoridad mandó matar, pues los chulos que quedaban dijeron, por medio de su director Loja, que no había picadores para su defensa en un lance, y que no había luz para trabajar; en efecto, todo era cierto; a pesar de ello la autoridad mandó que de cualquier modo lo matasen. Loja, como para dar ejemplo, salió a correr el bicho, pero todavía no había saltado a la plaza, cuando como por encanto se halló en el tendido y no sin algún rasguño en mala parte.

Aquí creció la confusión, el asombro en unos, la ansiedad en otros, y la duda en todos. ¿Que se hace? No había chiqueros para cerrarle, no había manso, no había chulos ni diestros, no había media luna; miento, era lo único que había, y a cuya plateada luz se veía al bicho pasear por entre los tres caballos, desafiando a cuanto existía.

Al cabo de algunas disposiciones muy acertadas de las autoridades para despejar la plaza, que se cumplieron admirablemente, se mandó pasar un piquete de granaderos y que le hicieran fuego; así se verificó y al cabo de tanto valor, de tantas proezas, sucumbió como un malhechor aprendido con las armas, no diré en las manos, pero sí en la cabeza, y excusa no le bastó.

Este toro debió salir el tercero; pero, a consecuencia de haber destrozado la cambreta, no fue posible de que apareciese en la plaza a su debido tiempo.

Nota para lo que valga: bichos de este trapío, no hay quien los lidie en el redondel de Palma; o menos toro o más plaza».

Vicente Pérez de Laborda recuerda este caso insólito de «Peluquero» en su «Historia de una ganadería navarra de toros bravos en el siglo XIX de Tudela (Navarra)». Y al final del libro da el nombre de otra celebridad taurina marcada con el mismo hierro.

El mérito de esta última consistió en introducir su casta en la vacada de Miura. En otras publicaciones del mundo de los toros se hablaba de ella. Por ejemplo, en «Orígenes e historial de las ganaderías bravas» de Alberto Vera. Y antes, el «Vademécum taurino» de «Sol y Sombra» de 1909 decía:

«Miura (don Antonio) en el año 1879 apartó 36 vacas para cruzarlas con un semental Pérez de Laborda que se había corrido en Córdoba el 5 de octubre (del citado año) y al que se le perdonó la vida por su bravura». Fue lidiado por *Lagartijo* y este famoso diestro cordobés se lo regaló a Miura.

Pues bien, Vicente Pérez de Laborda añade que se llamaba «Murciélago», dato interesante para poder incluirlo en la nómina de los toros célebres.

Un cronista de los Sanfermines de 1945, al comentar una corrida de Miura y ver las características de algunas reses, lo recordaba también de esta manera:

«Y si los toros negros –dos de ellos– agalgados y duros, con toda la savia brava de los «arias» de Saavedra de donde proceden, salían boyantes, no les fueron a la zaga los tres colorados, uno de ellos además chorreado, con toda la pinta, traza y coraje de aquel antecesor suyo, semental navarro de Pérez de Laborda, que ha dejado en la ganadería Miura la semilla inmarcesible de la casta primitiva de los toros de nuestra tierra».

De Zalduendo

«Sillero», lidiado en Barcelona el 18 de septiembre de 1851, tomó con gran bravura 28 varas.

«Chocolatero», lidiado en Pamplona el 7 de julio de 1858, tomó 22 varas, mató 10 caballos y el público pidió que se le perdonase la vida, entrando indultado en los corrales.

«Ligero», lidiado en Pamplona el 8 de julio de 1858, era retinto oscuro y bien armado, tomó muchas varas, matando 8 caballos, y fue tal su bravura y nobleza que, a petición del público, se le perdonó la vida. Nótese que el día anterior sucedió lo mismo con «Chocolatero».

«Portagüelo» cogió en Toro (Zamora) el 12 de octubre de 1859 al espada Pedro Párraga, causándole la muerte tres días después.

«Cantintero» cogió en Fitero el 12 de septiembre de 1899 al matador José Rodríguez Davie (a) Pepete, que murió al día siguiente.



Los toros *navarreños*, comentaba Iribarren, eran toros *feroces*, que corrían, que brincaban, que corneaban alto, que puenteaban, que derribaban, que se revolvían en un metro de tierra, que sembraban el pánico en el ruedo. Eran toros *nerviosos*, que hacían una pelea salvaje con los caballos, que perseguían a los lidiadores hasta saltar tras ellos la barrera, que se resistían a morir como condenados, y morían llorando de coraje. Hoy a estos toros los llamarían broncos, difíciles, duros, pegajosos; en una palabra: que eran incómodos y peligrosos para la lidia actual.

El toro navarro tuvo su época de poderío a mitades del siglo pasado. De entonces son las principales ganaderías, consideradas como históricas, que vamos a reseñar seguidamente.

Guendulain, de Tudela. Divisa amarilla pajiza. Se presentó por primera vez en Madrid el 1 de julio de 1776. En 1805 poseía 130 toros. En 1850 don Tadeo Guendulain vendió la ganadería a don Nazario Carriquiri.

Carriquiri, de Pamplona. Divisa encarnada y verde. Los primeros Carriquiris que se corrieron en Pamplona, según José M.^a Iribarren, lo fueron en los Sanfermines de 1852, y en Tudela el 26 de julio de 1857. Según Vicente Pérez de Laborda, aparece por primera vez en Pamplona el año 1855 con la denominación de «Sr. Carriquiri y compañía», y en el año 1857 como ganadería de don Nazario Carriquiri. Para remediar el defecto del pequeño tamaño de las reses, cruzó sus vacas con sementales de las mejores ganaderías andaluzas, acertando con ello. Don Nazario Carriquiri, en 1883, vendió parte de la vacada a su cuñado el Conde de Espoz y Mina, don Juan de Dios Moso Irure.

Espoz y Mina, de Pamplona. Divisa encarnada y verde. Los pelos más corrientes en los toros de esta ganadería eran el castaño y el colorado. En 1908 fue vendida a don Bernabé Cobaleda, de Salamanca.

Zalduendo, de Caparros. Divisa encarnada y azul. Eran toros colorados, pequeños, carifoscos, corniblanco y veletos. El pelo más general en ellos era el retinto colorado y rojo. Según Vicente Pérez de Laborda, se torearon dos de sus toros por primera vez en Pamplona por las fiestas de julio en 1779. La ganadería de Zalduendo conservó pura la raza navarra y no salió de la familia del fundador.

Lizaso, de Tudela. Divisa blanca y verde. Procedente de la antigua ganadería de don Antonio de Lecumberri, también de Tudela. Por regla general eran de poca alzada, pero bien puestos de armas, nobles, y muy codiciosos para el hierro y para el engaño.

Pérez de Laborda, de Tudela. Divisa amarilla y encarnada. Eran cornialtos, de poca alzada en general, y muy finos. Guerrita afirmó que eran toros de mucha bravura, y excesivamente ligeros y rápidos en sus movimientos. Se lidiaron en Pamplona por primera vez en 1819 por fiestas de San Fermín.

Díaz (D. Raimundo y D. Jorge). Don Raimundo, vecino de Peralta, creó su ganadería con reses de diversas vacadas del país, especialmente de doña

M.^a Concepción Jiménez de Tejada, de Funes. Presentó sus toros en Madrid el 3 de septiembre de 1865 con divisa amarilla y blanca. Su hijo don Jorge, años más tarde, hacia 1886, cruzó sus vacas con sementales de Miura y de Concha y Sierra.

Díaz (D. Cándido), de Funes. Era primo de don Jorge. Compró en 1902 vacas de Villagodio y de don Clemente Herrero, de Zamora, cruzándolas con sementales de Guadalest y de Murube. Posteriormente, de 1920 a 1925, renovó su ganadería con reses de Santa Coloma y Albaserrada. Los últimos toros de su hierro que se lidiaron en Pamplona lo fueron el 9 de julio de 1926, en una corrida de Prueba, por los diestros Marcial Lalanda, Villalta, Niño de la Palma y Zurito.

Poyales y Alaiza, de Corella y Tudela respectivamente. Los toros de Poyales se estrenaron en Pamplona el año 1851 con divisa verde. Los últimos Alaizas lidiados en Tudela lo fueron el 25 de julio de 1917, y en Pamplona el 9 de julio de 1929. Los pelos más abundantes en estas reses eran el colorado encendido y el colorado melocotón.

Elorz y Bermejo, de Peralta. Divisa amarilla. El pelo más común de sus reses era el castaño y el colorado encendido.

TOROS CELEBRES EN SANFERMINES

En Pamplona por San Fermín los toros disponen de más oportunidades que en otros sitios para hacer méritos. Además de la plaza, lugar común a todos donde se celebran corridas con las reglamentarias suertes de la tauromaquia, tienen las calles del encierro y los corrales donde se desencajonan y descansan.

Estos escenarios peculiares, con múltiples y variables decorados, con imprevistas e improvisadas acciones, proporcionan de una parte a los toros más posibilidades de reacción, y de otra a los aficionados mayor campo de observación.

Los libros de tema taurino general que incluyen capítulos dedicados a toros célebres presentan casi exclusivamente ejemplares de reses bravas que han destacado en las suertes de picar y de matar. Esto es comprensible donde para ir a los toros sólo existe la plaza.

Pero en un libro como éste, escrito en Pamplona, pueden y deben figurar nombres de toros que han hecho algo notorio o memorable fuera del redondel, al margen del reglamento, sin clarines ni timbales, a cualquier hora, no sólo a las cinco de la tarde. En Sanfermines, tan taurina como ésa es la hora del encierro que tantanea la campana de San Cernin, o la del encierrillo que pregona a boca escuro la corneta del pastor, o la indeterminada del desencajonamiento en los corrales del Gas, como antiguamente la de ir al Sario.

Aquí los toros pueden hacerse famosos en cualquier esquina por mil cosas raras que suceden o que protagonizan en distintos puntos de la ciudad. También por cornadas, que es lo suyo; pero aun en eso hay diferencia. Por aquí se dan cogidas en un estrecho carrejo, en una cuesta arriba, ante la puerta del Hospital o del Ayuntamiento, sobre los adoquines, en la acera, a todo correr o inmovilizado en el montón.

La mayor parte de los toros que se citan en estas páginas han llegado a la celebridad antes de la hora taurina por antonomasia, antes de abrirse la puerta del toril y de clavarles la divisa correspondiente. Hay toros que no llegaron a la plaza y, sin embargo, merecen ser recordados. Hay otros que en la corrida pasaron desapercibidos, pero que dejaron su señal, trágica o curiosa, en otra parte.

A continuación presentamos algunos de los toros célebres en Sanfermines, agrupados en pequeñas manadas; unos por las cornadas que dieron; otros por cosas raras que hicieron in itinere, en el encierrillo, en el encierro o en la plaza; por premios que ganaron o desgracias que sufrieron; sin olvidarnos de los bichos anónimos y de los maltratados cabestros. He aquí la nómina:

Por cornadas mortales

«Semillero, n.º 21, negro, de don Antonio Urquijo, mató a dos en el encierro del 11 de agosto de 1947».

La «noticia periodística» de aquel trágico suceso fue la omisión del mismo en los periódicos: «Arriba España», «Diario de Navarra» y «El Pensamiento Navarro». Ninguno dio la noticia en la reseña del encierro de aquel día. Sólo por alusiones, leyendo entre líneas, se adivina que algo grave sucedió.

«Diario de Navarra» decía que «el encierro fue uno de los más emocionantes que recordamos. Hubo emoción intensa en la calle de la Estafeta y en la plaza porque un toro rezagado sembró enorme alarma entre los muchos mozos corredores». Y en un pie de foto se presentaba a «Semillero», toro murubeño de don Antonio Urquijo, como «el peor del encierro y el mejor de la corrida».

«El Pensamiento Navarro» comentaba que aquel toro, que quedó rezagado en la Plaza Consistorial y que dio un susto mayúsculo a un corredor en la entrada a Mercaderes, «ya no hizo cosa buena hasta que llegó, aparte de sus compañeros, al chiquero. La Estafeta se convirtió en la calle de la Amargura».

«Arriba España» daba más pistas. Pero éstas se hallaban fuera del informe del encierro, al que se describía como «lamentable y desgraciada carrera». En la sección dedicada al Registro Civil (inscripciones hechas desde el día 6 hasta el 11), al final del capítulo de Defunciones se anotaba: «Casimiro Heredia, de 37 años, de Pamplona, Estafeta. Julián Zabalza, de 23 años, de Aoiz, Plaza de Toros». Encima, sobre estos datos se publicaba la siguiente esquela:

«El señor don Casimiro Heredia Ruiz
y el joven Julián Zabalza Martínez
fallecieron en Pamplona, después de
recibir los Auxilios Espirituales.

R.I.P.

Las Peñas de Mozos de Pamplona
invitan a nuestra ciudad a la Misa
que por el eterno descanso de sus
almas se celebrará en la capilla de
San Fermín...».

«Semillero», toro negro, carriavacado, corniveleto, largo y hondo, fue en efecto el peor del encierro y el mejor de la corrida. En esto último estuvieron de acuerdo los cronistas taurinos y lo manifestaron expresamente. Le tocó en suerte a Julián Marín. *Media Luna* (Miguel Angel Arbizu) escribió en «Arriba España»:

«El sexto y último toro de la tarde, «Semillero», salió el más bravo de la corrida. Marín (Julián), tanto con la capa como con la espada, se coronó de gloria, principalmente al recogerlo a base de verónicas ceñidísimas, en un quite muy valiente por gaoneras, y en aquellos pases por alto, de rodillas, junto a las tablas, con que dio comienzo a una faena larga, en la que intercaló naturales y de pecho, derechazos, molinetes y manoletinas. A Marín, y al público, le lució, mucho más que la primera, la segunda faena con aquel toro, «Semillero», tan bravo, tan noble y tan toro. Además la bordó al final, agarrando la estocada de la feria, una estocada hasta la bola».

«Semillero», además de matar a los dos citados, entre uno y otro, a la entrada de la plaza, cogió a Teodoro Lasanta, mayoral de «Chopera», llevándole en vilo, cogido por el sobaco izquierdo, colgado de un pitón, hasta que lo despidió de un fuerte derrote, sin causar por fortuna grave daño al popular pastor navarro.

Galo Vierge «Bonarillo», comentando aquel suceso en la revista del Club Taurino y especialmente el acto del sorteo en el que el principal protagonista de aquella corrida fue para Julián Marín, le dedicó un par de coplas. Una decía:

«Semillero» se llamaba
aquel toro bravo y fiero
que en las fiestas de Pamplona
hizo trágico un encierro.

Y la otra, después de anotar que Julián Marín logró aquella tarde uno de los mayores triunfos de su vida torera, remataba:

El gran torero Marín,
navarro de cuerpo entero,
vengó a dos mozos valientes
dando muerte a «Semillero».

☆ ☆ ☆

«Reposado» (o «Reprobado»), n.º 113 de don Salvador Guardiola, en el encierro del día 12 de julio de 1969, mató a Hilario Pardo, de 45 años, industrial bodeguero de Murchante.

Le corneó frente a la puerta del Hospital Militar. Los «guardiolas» de aquel año pusieron la nota trágica en el encierro de la mañana y sembraron el pánico en la corrida de la tarde. Según la crónica del «Diario de Navarra», «los toros mandaron en el ruedo en todo momento, estuvieron donde quisieron, desarmaron a maestros y peones, no abrieron la boca, y no permitieron que los toreros (José Fuentes, Paco Ceballos y El Macareno) hicieran las faenas de moda».

Fue una tarde de viento en la plaza; el viento de la tragedia y de la muerte. Con el quinto, Ceballos no hizo más que matarlo, teniendo en

cuenta que el toro tenía en los costillares el n.º 113, que se llamaba «Reprobado» y que había dejado por la mañana un muerto en la cuesta de Santo Domingo.



«Palmello», berrendo listón en negro, de don Manuel Arranz, en el encierro del 12 de julio de 1974, corneó y mató a Juan Ignacio Eraso Martiartu, joven de la Chantrea.

En aquel encierro los toros corrieron sueltos desde la salida, provocando muchas situaciones de peligro. El más rezagado, «Palmello», fue el que más daño hizo. Alcanzó a Juan Ignacio Eraso a la entrada del callejón, corneándole en el cuello. El muchacho, de 18 años, falleció el mismo día en el Hospital Provincial. El toro que lo mató no fue lidiado; la corrida se suspendió en su mitad, a causa de una fuerte tormenta. «Palmello» fue muerto al día siguiente en los corrales, de un tiro de rifle.



«Navarrico», de don José Luis Osborne, en el montón formado en el encierro del 9 de julio de 1975, mató a Gregorio Górriz, de Arazuri.

De los encierros de 1975 se recuerda especialmente uno, el del 9 de julio, a causa del montón que se formó y que tuvo consecuencias trágicas: un muerto, 16 heridos graves e incontables leves. Duró cuatro minutos y 40 segundos. A la entrada de la plaza se produjo una caída masiva de corredores, formándose un enorme montón que taponó el acceso al redondel.

Fueron momentos dramáticos. Los cabestros pasaron por encima de los muchachos, pisando y aplastando a los que estaban abajo. Los toros se pararon ante el obstáculo, volvieron hacia la Estafeta y retornaron a la plaza, cuando todavía no estaba despejado el camino. Uno, llamado «Navarrico», cogió en el callejón a Gregorio Górriz Sarasa, de 41 años, soltero, de Arazuri, atravesándole el tórax y produciéndole la muerte. El Dr. Juaristi comentó: «Ha sido el peor encierro de los cuarenta y tantos años que llevo en la enfermería de la plaza».

Los «osbornes» salieron en la corrida muy encastados, con cabezas peligrosamente astifinas. «Navarrico» se distinguió por su bravura y nobleza. Fue el más destacado. El diestro Antonio José Galán le cortó las dos orejas.



Un «miura» (o un manso), en el montón formado en el encierro del 8 de julio de 1977, mató de un pezuñazo a José Joaquín Esparza, joven de la Chantrea.

En el encierro de aquella mañana hubo «montón», ese accidente tan temido y peligroso, en el callejón de entrada a la plaza. La manada pasó por encima de los corredores caídos, causando un muerto y más de 35 heridos,

de los cuales sólo dos por asta de toro. El muerto fue José Joaquín Esparza Sarasibar, un muchacho de 17 años, vecino de la Chantrea, joven promesa del atletismo, campeón de carreras pedestres.

Los que le recogieron del suelo pensaron que había muerto de asfixia y shock cardíaco, al quedar aplastado bajo la masa humana. Sin embargo, la autopsia reveló que «un golpe de la pata de un toro o manso había roto las tres últimas costillas del lado derecho, desplazándolas hacia dentro. Los huesos rotos seccionaron la vena cava y algunos otros vasos, dando lugar a una hemorragia brutal, causa de la muerte».

Los «miuras» que corrieron en aquel encierro tenían estos pelos y señales: n.º 2 «Habitante» cárdeno claro, n.º 12 «Silletero» colorado, n.º 27 «Escobero» cárdeno bragado, n.º 37 «Cacharrero» negro mulato, n.º 42 «Sonajillo» negro mulato y n.º 44 «Algabeño» castaño. Cualquiera de ellos pudo ser.



«Antioquío», de Herederos de Salvador Guardiola, en el encierro del 13 de julio de 1980, mató a dos.

El nombre de «Antioquío» se halla colocado, en la historia trágica de los Sanfermines, junto al de «Semillero», que el 10 de julio de 1947 mató a otros dos. Correr delante de los toros no es una simple diversión. Siempre supone un peligro potencial grave. Ordinariamente sólo se corre el riesgo, pero a veces se produce el accidente mortal.

Los encierros de los Sanfermines de 1980 fueron extraordinariamente peligrosos. El día 9, con los toros corriendo muy sueltos, hubo dos heridos graves; uno en Mercaderes, José Ignacio Artola Aguirre, de Tudela, y otro frente a Teléfonos, José M.ª Jiménez Zubiri, de la Chantrea. El día 10, por el suelo mojado, hubo muchas caídas y sustos; los miuras de aquella mañana llegaron también sueltos a la plaza y se adueñaron del ruedo durante un buen rato.

El encierro del día 13, con «guardiolas», fue larguísimo (diez minutos y 55 segundos) y fatal. Hubo dos muertos: José Antonio Sánchez Navascués, 26 años, de Cintruénigo, y Vicente Risco Sierra, 29 años, vecino de Huarte Araquil. Los dos fueron cogidos por el mismo toro, llamado «Antioquío»; uno en la Plaza Consistorial y el otro en el ruedo. Sánchez Navascués, mozo cirbonero, apodado «el Pito», había actuado alguna vez como novillero.

La duración anormal del encierro (casi once minutos) se debió a otro toro, de nombre «Patirroto», que permaneció siete y medio en el redondel, sin querer pasar a los corrales.

Por cornadas graves

La cogida de Rafael Ortega, el 8 de julio de 1950, por un toro de Bohorquez llamado «Divertido».

La contó José M.ª Iribarren en uno de sus mejores relatos de tema taurino:

«Brindó el último toro de la tarde a las chicas de la Misericordia. Inició la faena con una serie de ayudados por alto, y sin tantear por bajo a su enemigo, lo dejó en los terrenos del 2 y corrió hacia los medios para desafiarlo «al natural».

Era el gesto de hombría y pundonor de quien buscaba el triunfo a toda costa en su última faena de la feria. Lo recuerdo muy bien, porque me fijé mucho. Se colocó de espaldas al toril, desplegó la muleta en su izquierda, hizo dos o tres gestos nerviosos con los hombros y el cuello, y citó a su enemigo de frente, mostrándole el engaño.

El toro acudió alegre, a un trote rápido, resuelto. Me acuerdo de un detalle que es posible que fuera fatal, aunque ¡cualquiera sabe! Rafael Ortega, en su faena anterior, se había «apretado» al pasar de muleta y tenía la taleguilla muy manchada de sangre en la parte del vientre. ¿Se fijó el toro en el manchón rojizo en lugar de acudir a la franela? Lo cierto es que al llegar a la altura del matador hizo un extraño y se fue al bulto descaradamente. Le lanzó una cornada a la pierna derecha y lo campaneó sobre sus cuernos de un modo aparatoso.

Quedó Ortega de bruces en la arena, aturdido e inmóvil, pero el bicho no le perdió de vista y se fue contra él. Le hundió su cuerno izquierdo en la entrepierna, lo alzó ¡espantosamente!, galopó algunos metros, llevándole ensartado, y se lo sacudió.

He visto varias cogidas graves, pero aquélla me dio la impresión, desde el primer momento, de haber sido fatal. La emoción que produjo en el público nunca podré olvidarla.

– ¡Lo ha calao! –aseguró un banderillero desde la valla.

– Mala cornada lleva. Va echando mucha sangre –nos informó un fotógrafo que volvía de retratarlo en brazos de las asistencias».

El toro se llamaba «Divertido», n.º 331, y era de la ganadería de Fermín Bohorquez, que debutaba en la plaza de Pamplona.

«El Chamberilero» se lamentaba en «El Pensamiento Navarro» de la desgracia sufrida por «el modesto y pundonoroso torero. Pero dentro de ella, añadía, nos cabe una satisfacción y es que todos los toreros se han quedado admirados de la enfermería de la plaza, en la que no falta el menor detalle, que está instalada con el instrumental más moderno y que todos los servicios funcionaron con rapidez y con toda perfección. Ortega fue inmediatamente asistido por los doctores Juaristi, Armendáriz y del Amo, y también por el doctor Lucea, como especialista en la transfusión de sangre, que hubo necesidad de practicar inmediatamente, dada la gran cantidad que había perdido el diestro».

El parte facultativo, facilitado por el Dr. Carlos Juaristi, decía: «El diestro Rafael Ortega sufre una herida por asta de toro que interesa piel, tejido celular subcutáneo, músculos perineales, recto, vejiga urinaria y penetra en la cavidad abdominal. Sufre otra herida que penetra en la cara superexterna de la pierna derecha con trayectoria ascendente, que interesa piel, tejido celular subcutáneo, músculos períneos, llegando hasta el hueso peroné, y shock traumático intensísimo. Transfusiones sanguíneas repetidas. Pronóstico gravísimo. Al diestro se le ha administrado la Extremaunción».

El que desee conocer con todo detalle el relato de José M.^a Iribarren,

titulado «La cogida», lo tiene en sus libros «Ramillete español» y «Sanfermines».



«Bilbainoso», de Atanasio Fernández, puso también a prueba la probadísima pericia del Dr. Juaristi, al frente del servicio médico de la plaza.

Fue el 12 de julio de 1963, en el encierro. El cronista del periódico lo relataba así: «Uno de los bichos, «Bilbainoso», a la altura de la Central de Teléfonos, cerca ya del callejón, coge a Rufino Apesteuguía, proporcionándole una profunda cornada, con gran derrame de sangre. Llevado a la enfermería, es intervenido quirúrgicamente por el Dr. Juaristi. Durante la operación tienen que inyectarle cuatro litros de sangre, donada por los bomberos que están de servicio en el cercano Parque».

Admirable todo: los de la manguera no sólo tenían dispuestos y llenos los tanques de agua. El Dr. Carlos Juaristi sacó a relucir, una vez más, su mano taumatúrgica. Rufino Apesteuguía salvó la vida. «Bilbainoso» perdió la apuesta.



«Flautero», de Pablo Romero, cogió en el carrejo de los corrales del Gas, el 30 de junio de 1979, a Florentino Huarte. No le mató de milagro.

Los toros de Sanfermines, como queda dicho, para demostrar su casta tienen, además de la plaza, las calles del encierro y los corrales de la Rochapea. El Gas es como un teatrillo para ensayos de bravura, la pasarela de modelos cornúpetas, una exposición de muestras taurinas. Ahí empieza la Feria del Toro de Pamplona.

Ahí, a media mañana del 30 de junio de 1979 salió a escena «Flautero» y, haciendo verdad su mote, improvisó un solo de pitón astifino, dando la nota más aguda de la partitura trágica. El periodista del «Diario» no perdió detalle del suceso:

«Flautero», pablorrhomero negro, bragao y coletero, marcado con el n.º 49 del año 75, cogió en el desencajonamiento a Florentino Huarte Oteiza, de 58 años, carpintero de oficio y encargado general de las obras de la Casa de Misericordia. Fue cogido en el carrejo. El carrejo es un pasillo o corredor que va del embarcadero a los corrales, situados a uno y otro lado. El carrejo arranca en una puerta abierta en el muro exterior que da a la calle Bernardino Tirapu; puerta en la que se construyó un embarcadero para el manejo de toros y cabestros, con un breve túnel, a cuyos lados existen dos troneras o burladeros.

El desencajonamiento de los pablorrhomeros se efectuó en el túnel del carrejo. El camión con las jaulas quedó adosado por fuera del muro. Eran las diez menos cuarto de la mañana. Sobre las cambretas estaba Pezonaga, el carpintero, y el chófer del camión. En el primer tramo del carrejo, ante la

boca del pequeño túnel por el que deben salir los animales, estaban España, también carpintero del encierro, y Florentino Huarte.

Todo sucedió con suma rapidez. Estando todo a punto, se abrió la primera cambreta. El toro salió como un rayo, cuando la compuerta estaba todavía a media altura. España corrió a meterse en una tronera. Florentino Huarte corrió por el carrejo. A medio camino el toro le alcanzó y le corneó, lanzándolo al aire. Fueron cuatro cornadas: en los glúteos, abdomen, perineo y tórax. Estaban Irisarri, pastor de Arguedas, citó al toro y se lo llevó hasta el corral del fondo. Florentino fue recogido y trasladado al Hospital.

El desencajonamiento siguió con normalidad, pero en un clima de gran emoción. Los demas pablorromeros, deslumbrados al abrirse las jaulas, salieron lentos y tardos. Estos fueron los protagonistas: «Flautero», n.º 49 negro bragao, «Lechonero» n.º 6 negro, «Perlito» n.º 7 negro mulato, «Predicador» n.º 12 cárdeno claro, «Nadador» n.º 32 negro mulato y «Aficionado» n.º 35 negro bragao».



«Rehilera», n.º 54, negro mulato, de Osborne, en el encierro del día 10 de julio de 1984, corneó gravísimamente al joven norteamericano Stephen Townsend, cortándole la femoral.

Las cornadas del toro «Rehilera» habrán sido, hasta la fecha, las más vistas y divulgadas por los medios de comunicación, incluidas televisiones extranjeras, debido a la nacionalidad del herido y a la espectacularidad sangrienta de la cogida. La prensa del día siguiente les dedicaba la primera página entera y varias interiores, llenándolas de texto y fotos. El «Diario de Navarra» decía:

«El cuarto encierro, corrido delante de los toros de José Luis Osborne, resultó el más largo y el más sangriento de lo que va de fiestas. Duró cinco minutos y veinte segundos, registrándose dos heridos de gravedad, especialmente uno de ellos que salvó la vida in extremis, gracias a la certera y rápida intervención de los Servicios de Urgencia del Hospital de Navarra.

En la Estafeta, a la altura del restaurante «Casa Flores», el toro «Rehilera», de 530 kilos de peso, corneó en dos tiempos al joven norteamericano Stephen Townsend, de 23 años de edad, subteniente de las Fuerzas Armadas USA en Europa con destino en Italia. El toro de Osborne le corneó en el centro de la calzada y, después de dejarlo en el suelo, volvió a por él cuando trataba de huir. A golpe de pitones lo tiró en la acera.

El joven norteamericano resultó herido por el pitón izquierdo de «Rehilera» en la pierna izquierda, a la altura de la región inguinal, en el triángulo scarpa. El asta del «osborne» le lesionó el paquete vásculo-nervioso y le seccionó la vena femoral y colaterales de la arteria femoral. La herida presentaba una longitud de más de 40 centímetros».

Al pie de un foto, en la que se ve al muchacho izado en alto, clavado por la ingle en el pitón izquierdo, se daba una explicación de la cogida. El joven americano quiso defenderse del toro, cuando estaba caído, primero atacándole con los pies para espantarlo y después agarrándose a los cuernos del

animal; cosas que no se deben hacer en el encierro. Debió quedarse tendido en el suelo, como muerto, y esperar a que otros mozos se llevaran al toro.

«Rehilera» siguió su camino titubeante y peligroso. El joven Stephen fue trasladado rápidamente al Hospital de Navarra, donde le devolvieron una vida que se le escapaba a chorro, conteniendo la hemorragia y suministrándole diez frascos de sangre en la primera parte del tratamiento. Los médicos, avisados telefónicamente, esperaban ya preparados la llegada del herido, que fue intervenido inmediatamente.



«Gardenio», n.º 8, negro mulato, de Osborne, en el encierro del día 10 de julio de 1984, corneó gravemente al inglés David Crowthep.

«Gardenio» protagonizó la segunda cogida grave de aquel encierro. Iba rezagado, el último de la manada, a varios metros de distancia de «Rehilera», y al final de la calle Estafeta alcanzó a Mr. Crowthep, inglés de 44 años residente en Fuengirola, produciéndole una herida de 12 centímetros en el tercio medio y cara posterior de la pierna derecha.

«Gardenio» y «Rehilera», dos nombres de toros que se suman a la historia emocionante del encierro, a su paso por la calle Estafeta.

Por rarezas in itinere

«Borrego», n.º 17, colorado, de Concha y Sierra, se escapó al monte el 10 de julio de 1898 y en noviembre fue muerto a tiros por la Guardia Civil.

Antecedentes del suceso, tomados de un informe publicado en el «Diario de Navarra» el 7 julio 1948 y elaborado con datos difundidos en su tiempo por «El Eco de Navarra»:

«Ocurrió que en la Feria de Abril (de 1897) fueron objeto en la plaza de Sevilla los toros navarros que en ella se lidiaron (carriquiris o lizos) de la hostilidad del público, que llegó en su repulsa a protestar y a hacer que se foguease algún toro. Esto sentó muy mal aquí por considerarlo injusto y soliviantó un poco a los mayores de ambas ganaderías, que eran los hermanos Zapatería».

Algo se debió de tramar contra la corrida de Concha y Sierra lidiada en los Sanfermines de aquel mismo año de 1897, «y no ocurrió nada porque el Gobernador civil, previendo algo de carácter levantisco, tomó rigurosas medidas, haciendo que se concentrasen en la plaza de toros en aquella corrida cien guardias civiles y más de treinta y ocho de caballería en la parte de fuera».

Cómo se provocó la escapada:

«Así llegó el año 1898, en que volvieron a traerse toros andaluces de Concha y Sierra. Y ocurrió que, cuando se trasladaba el ganado del Sario al portal de Rochapea, los toros se escaparon, no sabemos si espantados de

propósito o porque tenía que ocurrir el descarrío por no haberse hermanado debidamente los toros andaluces con el cabestraje navarro».

Los historiadores dicen que no tuvieron la culpa los mansos, que la espantada fue provocada. Don Luis del Campo escribió que, «llegados los Sanfermines (de 1898) y temiendo determinado grupo de gentes que los toros andaluces volvieran a resultar bandera, y deseosos de vengarse a su manera (del fogueo de los toros navarros), cuando los Concha y Sierra atravesaban la Vuelta del Castillo, unas hojalatas manejadas con habilidad, o cajas semejantes a bidones de gasolina con piedras dentro, armaron tan fuerte estrépito que se desmandaron los seis astados».

Busca y captura de los toros escapados:

«Tras ellos salieron aquella misma mañana todos los picadores de las cuadrillas de «Guerrita», Fuentes y «Bombita», encargados de despachar la malograda corrida. Aquella mañana fue de gran movimiento en la población; se veía salir a caballo los picadores en traje de faena, a los pastores de las ganaderías navarras, sacando de la plaza y de los corrales del Sario al cabestraje de la tierra, y a algunos aficionados de calidad emprender en coches la aventura de buscar a los toros por Valdechauri unos y por Añézcar otros.

A cuatro consiguieron localizar aquella misma mañana en un trigal de la Cendea de Olza, muy cerca de Zuasti, entre los pueblos de Ordériz y Aldaba. De allí se fueron estos cuatro toros hacia Valdeollo, en donde al fin pudieron ser recogidos y arropados por los cabestros, que los condujeron de nuevo a los corrales del Sario. Otro toro fue encontrado en el prado de la Cadena, cerca de Miluce, que fue el camino que llevaron los toros en su huida.

A los tres días de ocurrir la escapada ya había cinco en el Sario; pero faltaba el sexto, del que nadie sabía dar cuenta ni apareció hasta cuatro meses justos después, el 10 de noviembre a las 12 del mediodía, en plena carretera, cerca de la estación de Villanueva de Araquil y próximo al pueblo de Zuazu. Este toro, marcado con el número 17 y de pelo sardo —la mezcla de las tres pintas, blanco, negro y colorado— se llamaba «Borrego».

Aventuras de «Borrego»:

«El toro «Borrego», gordo, enmorrillado, muy bien armado y con el asta derecha astillada, se internó por Osquía y allí se pasó cuatro meses hecho un sultán, rodeado de vacas de ojos tiernos y mugido dulce, que dejaron tras de sí una sucesión muy larga de becerros y becerras ariscas, a las que había que matar antes de tiempo. La semilla duró tanto que muchos años después, por atavismo que renacía en las vacas lecheras y de labor, se enfadaban de pronto y volteaban de repente y hasta herían de gravedad a las personas que a diario las ordeñaban y manejaban sin cuidado alguno. En los valles de Araquil y hasta en el de Ulzama, y por supuesto en los de Olza y Olo se registraron muchas desgracias, que el toro con todo lo que era no produjo en los cuatro meses que gozó de absoluta libertad».

Quién fue el «matador» y cómo se realizó la «suerte»:

«Pasados los meses de calor, el otoño trajo los primeros fríos de la invernada —en octubre nevó aquel año— y el pobre toro se sintió helado y despreciado de sus compañeras las vacas, que instintivamente abandonan los montes para volver a los establos de donde proceden. El pobre «Borrego» se

decidió a salir al llano, y el 10 de noviembre al mediodía apareció cerca de la estación férrea de Villanueva de Araquil, adonde dio la casualidad que acababa de llegar en comisión de servicio una pareja de la Guardia Civil de Irúzun, compuesta por el cabo Pío San Martín Pérez y el guardia primero Tomás Aramendía Echávarri.

En cuanto los guardias vieron el toro, al que ya perseguían de tiempo atrás, se echaron los fusiles a la cara, al mismo tiempo que el animal, dando un respingo, volvía grupas hacia Zuazu. Tras él salieron los guardias y al fin, a unos 200 metros de dicho pueblo, el toro les hizo cara. Los guardias, convenientemente resguardados en los troncos de dos árboles, le dispararon con mano firme y a poco caía muerto el travieso «Concha y Sierra», como fulminado por un rayo, por un certero tiro del cabo, que le dio en la parte central de la testuz y cayó como descabellado».

Proyección literaria del protagonista:

El toro «Borrego» ha pasado de la historia a la leyenda. Rafael García Serrano le ha hecho héroe de una novela corta titulada «Cronicón de *Borrego Tenorio*». En ella se cuentan aventuras de amor vacuno, peripecias de sustos aldeanos y el desenlace final, fatal, mítico. He aquí algunos párrafos, a guisa de resumen antológico.

«De julio a noviembre de 1898 la Barranca se vio turbada por las hazañas fenomenales de aquel extraordinario *Borrego*. Un gran tema de conversación descendía sobre los caseríos silenciosos, sobre las tareas de los pueblecillos, sobre las cocinas enfogaradas, sobre las tascas campesinas, sobre los feriales. Un maná parlanchín sobre la Barranca.

Borrego se divertía de lo lindo. Volteaba paisanos, se disfrazaba de buey, daba sustos en las encrucijadas, aparecía inopinadamente en los prados, corneaba castaños, amagaba a los borriquillos, resoplaba furibundo cerca de los frontones, interrumpía plácidas tertulias con bramidos a los que ya sabía dar un tono misterioso, casi de ultratumba.

En la Barranca no ha habido jamás fantasmas y *Borrego*, con su imaginación meridional, llenaba de literatura escocesa aquella tierra seria y trabajadora en la que apenas se leía el periódico. Su cabeza estaba pregonada como la de un bandolero de tronío, y como a éste, le protegían los humildes negándose a facilitar pistas a la autoridad competente. Con *Borrego*, galante guerrillero, los aldeanos se ahorran el semental.

Los centros policiales seguían su rastro con la nariz pachona de los detectives. La Guardia Civil batía los caminos. No se llegó, sin embargo, a exigir la documentación. La Barranca se hallaba en estado de alarma y en las esquinas de las casas y en las tabernas y en los cruces de las carreteras y en el tablón de anuncios de los Ayuntamientos, un cartel daba a conocer las señas del perseguido, recién recibidas por telégrafo. El Estado buscaba un toro.

ATENCION

Colorado. Sardo en blanco. Cara blanca. Bien armado de pitones y astillado del derecho. De nombre Borrego. Lleva el número 17 y el hierro se compone de las letras C y S enlazadas.

Julio, agosto, septiembre y octubre. Hasta que noviembre le trajo el viento de la muerte. El cabo Centellas, de la Guardia Civil, manos y ojos de buen tirador, le madrugó con un balazo en el ojo. Entonces se dobló al destino y agotó la vida rodando hasta la cuneta. No hubo mulillas jacarandas, bien ajaezadas, con campanillas de plata y lazos de colores en la cola.

A *Borrego*, estofado, se lo merendaron en el cuartel. ¡Bah! Se comían un mito y les sabía bueno. Sucedió en el año de 1898».

Consecuencias del suceso:

Se construyeron los corrales del Gas y se fijó el recorrido del encierro. Para evitar la repetición de hechos y peligros como los acaecidos, «desde el año siguiente de 1899 se habilitaron corrales de madera en la antigua fábrica del Gas» para encerrar allí las corridas traídas para las fiestas de San Fermín.

Asimismo, desde 1899, el encierro se limitó al traslado de las reses desde el Gas hasta el baluarte de Rochapea. A partir de entonces, y tras unos años en que siguieron encerrándose en los corrales del Sario los toros de las ganaderías navarras, se fue perdiendo la costumbre de conducirlos a la antigua usanza, con vaqueros a caballo y tropel de cabestros, por el siguiente trayecto: corrales de junto a la carretera a Tafalla, soto del Sadar, puente del camino que viene de Cizur Menor, pradera de la Fuente del Hierro, último tramo de la Vuelta del Castillo, Cuesta de la Reina, pasada ante el Portal Nuevo, bajada de Curtidores y subida al baluarte de Rochapea.

«Y esto se hacía entre dos luces, al rayar el alba, cuando apenas salían a su encuentro media docena de los diez y ocho, contando los «chicos de la Prensa», que trasnochaban en Pamplona, ¡aunque fueran fiestas! El ruido, el encierro de la noche víspera de la corrida, y el estrépito de vorágine de los encierros es de ahora (escrito en 1948), de pocos años a esta parte».



«Sevillano», n.º 54, colorado, de don Cándido Díaz, de Funes, el 4 de julio de 1921, cuando era conducido a la antigua usanza a los corrales del Sario, arremetió cerca de Noain contra un motorista que iba por la carretera metiendo mucho ruido, molestando a la manada.

En aquellos años llegaban los toros para las fiestas de San Fermín por dos caminos: por tren a la Estación del Norte los de ganaderías de fuera de Navarra, encambretados, y en carros a los corrales del Gas; y por veredas los de ganaderías navarras, conducidos por vaqueros y cabestros, en manada, a los corrales del Sario.

Entonces, en vísperas de Sanfermines, se podía ver toros en dos sitios: en el Gas y en el Sario. Un reportero del «Diario de Navarra» escribió el 6 de julio de 1921 que el día anterior había presenciado en «El Gas» el desencajonamiento de los seis toros de don Félix Moreno (antes Saltillo), que se lidiarían en la corrida del día 8. Y que había visto en «su propia salsa», es decir, en la dehesa del Sario los toros del ganadero navarro don Cándido Díaz, llegados para la corrida de prueba y para sobrerros de las demás. Daba los nombres de los destinados a la prueba:

Número 75 «Lancero», berrendo en cárdeno

Número 96 «Médico», negro mulato

Número 5 «Confitero», cárdeno

Número 54 «Sevillano», colorao

Y añadía: «Este último fue el que acometió anteayer cerca de Noain al motorista que ha resultado ser el médico de Barasoain, el cual se salvó de milagro y con la ayuda de Agustín (Ustarroz), el mayoral de la ganadería, de las acometidas del toro que hizo cisco a cornadas y patadas la máquina que con su estrepitoso taf taf le había molestado en su camino».

El médico era don Pedro Aguinaga.

☆ ☆ ☆

«Confitero», n.º 64, berrendo en negro, de don Cándido Díaz, mató a un hermano de camada en los corrales del Sario.

Arako (Cándido Testaut), en la crónica de la segunda corrida de la feria de 1919, con toros de don Cándido Díaz, de Funes, para Malla, Gallito y Belmonte, presentó así al primero:

«Confitero», número 64, berrendo en negro. Este «sujeto» es el que en el Sario tuvo la humorada de matar a un hermanito, no sé si porque le tenía tirria o porque se llamaba «Boticario». La presencia del criminal es recibida con palmas por el respetable». Y le despidió con estos versicos:

«Arrastran al Confitero
y, aun cuando fue un criminal,
le ovaciona el pueblo entero».

☆ ☆ ☆

«Hilador», del Conde de la Corte, el 2 de julio de 1965, en Pancorbo, abrió a cornadas la cambreta, se escapó y fue muerto a tiros por la Guardia Civil.

En 1965 se dio a conocer un toro antes de llegar a Pamplona. Hizo alarde de su poder y fiereza in itinere. Se llamaba «Hilador», de la ganadería del Conde de la Corte. Aquel toro planteó su pelea fuera de programa, al margen del reglamento taurino, en un aparcamiento de carretera, un 2 de julio al mediodía. María Antonia Estévez contó el episodio en el «Diario de Navarra»:

«Cuando el camión que transportaba la corrida estaba aparcado en el pueblo burgalés de Pancorbo, y mientras comían los mayores en el restaurante, «Hilador» corneó fuertemente la cambreta, hizo saltar los herrajes de la jaula y saltó a la carretera, arremetiendo contra un autobús de portugueses que en ese momento llegaba al parador. Le rompió un faro y le estropeó el parachoques.

Los mayores avisaron inmediatamente al puesto de la Guardia Civil y momentos después aparecieron un cabo y un número, quienes dispararon contra el animal. No fue fácil la caza. Fueron precisas más de treinta balas, y hora y media de persecución, para acabar con el toro. Cayó herido; pero, cuando se acercaron a rematarlo, se levantó y arremetió contra todos. Fue emocionante la pelea y la muerte de «Hilador» en las calles de Pancorbo».

En el encierrillo

«Fantasma», de Guadalest, en 1917, no quiso abandonar el corral a la hora del encierrillo, siendo muerto a tiros por un concejal.

La peripecia de este toro, ocurrida el día de San Fermín de 1917, quedó narrada en las páginas de «El Pueblo Navarro»:

«Cuando llegó la hora de subir los toros al baluarte de Rochapea, donde siempre aguardan el momento del encierro, todos los toros, menos el llamado «Fantasma», núm. 76, berrendo en cárdeno, bien puesto de pitones, salieron del corral en que fueron desencajonados. Repetidas veces trabajaron los pastores para que el bicho se uniese a sus hermanos; pero, junto al árbol que ocupa el centro del corral habíase instalado, y todos los esfuerzos fueron inútiles.

Encerrados ya los otros cinco toros en el baluarte, volvieron los pastores con todo el cabestraje por el inmóvil «Fantasma»; pero tras varias tentativas, y como se aproximasen las seis de la mañana (entonces se hacía el encierrillo de madrugada), hubo que renunciar a dominar al torito, y se resolvió efectuar el encierro con los otros cinco.

Como era preciso dejar libre el corral (para la corrida de don Vicente Martínez), se intentó entonces encajonar a «Fantasma» para subirlo así a la plaza, pero tampoco fue posible. Y entonces se resolvió matar al toro. De ello se encargó, utilizando la carabina de un guardia municipal, el concejal señor Errea, que disparó tres balazos al tozudo animal, dejándolo tendido».



«Lucero», n.º 25, negro mulato, de Santa Coloma, se escapó en el encierrillo del 10 de julio de 1922 y se fue al barrio de la Magdalena.

«El Pueblo Navarro», en sus números de 11 y 12 de julio de 1922, contaba así el suceso taurino de aquella noche:

«Próximamente a las diez y media de anoche, al ser trasladadas las reses de Santa Coloma desde los corrales del Gas hasta el corralillo del Portal de Rochapea y subir la cuesta del mismo nombre, uno de los toros –el señalado con el número 25, que es negro mulato–, a causa, según se dijo, de haberse espantado por un capotazo o chaquetazo que le dio cierto espectador o aficionado imprudente, saltó la pequeña muralla del lado izquierdo y pasó a la arboleda que la rodea. (Se dijo que fue por el «manteazo» que le dio un cura).

En busca del toro salieron inmediatamente los pastores y los mansos del ganadero don Cándido Díaz, formando dos grupos, mientras se dieron los avisos y órdenes oportunas para adoptar precauciones y evitar accidentes o desgracias. Los portales de Rochapea, Francia y Tejería fueron cerrados con coches y carros, prohibiéndose la salida del público por los mismos.

A cosa de las doce, apareció muy tranquilo el cornúpeta en cuestión en el contraforo que hay debajo del Redín, frente a la vaquería del señor Moral y

allí se presentaron enseguida los pastores y los cabestros de Díaz, que lo arrojaron convenientemente.

La conducción del toro a la plaza donde quedó encerrado una hora después, se realizó por la carretera de Tejería y ofreció un espectáculo interesante. Fue conducido a la plaza por jinetes que guiaban la manada de cabestros. Quienes así realizaron la operación, por cierto con una habilidad nunca bastante ponderada, fueron Alfonso Díaz, hijo del ganadero don Cándido, y Agustín (Ustarroz), el valeroso mayoral, tan conocido en Pamplona, a los que acompañaban otros pastores de la referida vacada navarra».

«Lucero» fue lidiado en la cuarta y última corrida de los Sanfermines de 1922, en primer lugar, por el diestro Maera. Por cierto que, según el cronista taurino de «El Pueblo Navarro», «el mejor fue el primero, precisamente el negro lucero que la noche anterior anduvo a picos pardos por los extramuros de la ciudad».

«Diario de Navarra» daba algunos detalles más de la escapada. Decía que el toro, al saltar el pretil, «cayó sobre un árbol muy copudo que hay en las proximidades del «molino viejo» existente en la orilla izquierda del Arga, y rodando como una pelota fue a parar hasta la misma orilla. De allí se fue el toro por la margen del río, aguas arriba, por donde desaguaban las antiguas minetas y salió por la primera avanzadilla de las fortificaciones del portal de Francia hasta la carretera que baja al puente de San Pedro.

Allí, según el portalero, arrolló a un muchacho que bajaba a la Magdalena, el cual, con el pantalón roto y despavorido dio cuenta al portalero de lo que había ocurrido y, sin pararse a dar más detalles, salió corriendo hacia la población.

El toro traía la misma dirección que el muchacho, es decir, la de Pamplona, pero al encajonarse por la cuesta del portal, después de pasar el puente levadizo, se debió asustar de la obscuridad que allí reinaba, lo pensó mejor y retrocedió carretera abajo hasta la primera puerta exterior de la fortificación. De allí derivó hacia la derecha y se metió en la avanzadilla existente frente a la antigua vaquería de Morán, donde, al cabo de mil peripecias dieron los pastores y los cabestros con el toro descarriado».



«Corruco», negro chorreado, n.º 51, de M.ª Teresa Oliveira, rompió el vallado del encierrillo en la noche del 9 de julio de 1951 y fue retenido por un perrillo de la Guardia Civil.

«Diario de Navarra», al día siguiente, lo contaba así:

«En el encierrillo de anoche un toro dio el gran susto. Cuando desembocaba la corrida de doña María Teresa Oliveira en el callejón que da acceso a la plazuela de los pastores en el barrio de la Rochapea, un sujeto que se «camuflaba» todas las noches de pastor del ganado bravo de la tierra, salió al paso de un toro que venía algo rezagado del resto de la manada, al que hizo retroceder; y cuando el toro hacía por él, cayó éste al suelo, y mientras el insensato sujeto se arrastraba para meterse dentro del vallado y la gente que allí estaba le ayudaba para ponerle a salvo, el toro frenético derrotó repetidas veces contra el vallado, consiguiendo romper dos travesaños, por los que

pasó el toro al otro lado, que estaba lleno de gente, en su mayoría mujeres de aquel populoso barrio».

El reportero añadía que el toro, aturdido, se quedó parado un buen rato, dando tiempo a que la gente se salvara de posibles desgracias, metiéndose atropelladamente en el antiguo matadero, y atribuía la reacción paralizante del bicho a los gritos, la oscuridad y la protección de San Fermín. Pero hubo otra causa, que explicó posteriormente don Luis del Campo en estos términos:

«El auténtico héroe de aquel encierro fue «Perico», un perrillo de la Guardia Civil de la plazuela. Inmediatamente se enfrentó al astado, lo mantuvo a raya, desafiándole con sus ladridos y entreteniéndole. La gente comenzó a salir en tropel por la parte del recinto lindante con la calleja, mediante una puerta que se abrió oportunamente. Pero «Corruco» retornó al trayecto del encierro por el sitio por donde entró, persiguiendo a «Perico», que no le perdió la cara. La llegada de pastores con mansos terminó de solucionar el incidente y, sin nuevos tropiezos, encerraron al toro con sus congéneres en el baluarte de Rochapea».

«Corruco», que en el encierro se salió del vallado, dando sustos a los aficionados nocturnos, en la plaza se comportó también como toro huidizo que buscaba la salida, y en una de las huidas de los capotes saltó al callejón, lleno de gente, y por poco le pega una cornada en la espalda al fotógrafo Pepe Roldán. Después de eso «y de unos pares de banderillas que le cayeron por los costillares, en el cuello y por el brazuelo, se puso imposible y el «Litri» no lo quiso ni ver». Acabó con él de un pinchazo y una estocada a través, recibiendo toro y torero una gran bronca.



«Tesonero», de Martínez Elizondo, no quiso correr el encierro el 7 de julio de 1969 y repitió el encierro, pero al revés.

En los Sanfermines de 1969 hubo dos toros que hicieron algo insólito. Nada tremendo o sensacional; sencillamente algo que no había ocurrido nunca o de lo que no se tenía noticia. Lo normal es que los toros vayan de los corrales del Gas a los de la plaza en dos etapas, llamadas encierro y encierro.

Pero un día, precisamente el de San Fermín de 1969, un toro, de nombre «Tesonero», se negó a salir del corralillo de la muralla para correr el encierro. Se quedó allí, a pesar de los cohetes, los gritos de los pastores, y la salida en tromba de sus hermanos y cabestros. Esto no fue la novedad. Otros anteriormente lo habían hecho, dando ocasión a un nuevo encierro. Lo nunca visto fue volverlo, como había venido, a los corrales de Joaquín Beunza. A media mañana, haciendo el encierro cuesta abajo, fue conducido al Gas, y de ahí, metido en una cambreta y cargado en un camión, a los corrales de la plaza, llegando para la hora del sorteo y apartado.

Y lo curioso fue que lo que no había ocurrido en años se repitió en dos días seguidos. En efecto, lo mismo, aunque por distinto motivo, hubo que hacer el 8 de julio de 1969 con el toro «Cariñoso».



«Cariñoso», de don Alvaro Domecq, el 8 de julio de 1969, hizo el encierro en viaje de ida y vuelta.

«Cariñoso» era el sobrero de la manada. Venía como suplente, para sustituir a alguno de sus hermanos en caso de desgracia o rechazo. Si no era por eso, no podía participar en la fiesta. Pero él quería participar y, no se sabe cómo, se coló en el encierro. Los pastores, al hacer el recuento reglamentario, lo descubrieron en el corralillo del portal de Rochapea.

Entonces se planteó un problema. No convenía que corrieran en el encierro siete toros y se solucionó separando a «Cariñoso» de sus hermanos en plena noche y devolviéndolo al Gas, de donde no debió salir.



En el encierro

«Tragaleguas», de una ganadería navarra, posee el record de permanencia en el ruedo, después de un encierro, resistiéndose a ser encorralado.

Fue en la vieja plaza de toros de Pamplona, en 1887. Jokintxo Ilundain contó su hazaña en «Unos recuerdos de viejos Sanfermines» publicados en julio de 1941 en «Arriba España»:

«En el año 1887 un toro fue la causa de que se suspendiera la novillada de embolados que se celebra, como es sabido, a continuación de los encierros. Entonces las corridas se hacían a base de ganaderías navarras: Zalduendo, Carriquiri, Galo Elorz y Díaz. «Tragaleguas» se llamaba el toro que quedó en la plaza y al que no hubo manera de hacerle pasar a los toriles.

Después de varias horas, y en vista de que el toro se proponía quedarse allí para siempre, se acordó suspender la corrida de embolados y despejar la plaza. A las once de la mañana se echó un bando por las calles, dando a la ciudad la noticia de que el toro había sido encerrado. Para ello fue necesario recurrir al procedimiento del lazo y del torno».



«Bellotero», de Murube, hizo, él solo, un segundo encierro el 10 julio 1917.

«El Pueblo Navarro» de 11 de julio de 1917 decía:

«Ayer disfrutaron los que corren de dos encierros; porque un torito, el 111 (de nombre «Bellotero», negro, bragado, de la señora viuda de Murube), que no se decidió a seguir a sus hermanos cuando éstos abandonaron el baluarte de la Puerta de Rochapea, para ser conducidos a la plaza.

Fue preciso, después que los otros cinco bichos entraron en los toriles, sacar algunos mansos que recorrieron por segunda vez las calles acostumbradas, para volver al adarbe en cuestión y encerrar al toro. En este segundo

encierro, como en el primero, nada sucedió. El toro marchó con nobleza, muy bien encabestrado, y no vaciló al llegar al toril».



«Liebrero», de Cobaleda, rompió el vallado, en el encierro del 8 de julio de 1939, siendo muerto a tiros por la Guardia Civil ante la puerta principal de la plaza de toros.

«El Pensamiento Navarro» del día 9 exclamaba en tono épico:

«Gran suceso, lector. Esta y todas las generaciones que nos sucedan hablarán del encierro del segundo día de los Sanfermines de 1939. Ocurrió que (los toros) de don Arturo Sánchez Cobaleda, malhumorados (por el mal despertar que tuvieron a las siete en punto) y mal dirigidos por los pacientes mansos, quisieron meterse primero en un camión que por allí había, y luego, desconcertados, comenzaron a distanciarse.

Dos de los bichos, negros e iguales por cierto, quedaron muy a la zaga de sus compañeros. Y llegó el suceso. Uno de éstos (en la bajada de Teléfonos al callejón) volvió la cara en actitud de regresar por donde había venido. Un individuo forastero, agazapado en el vallado, le llamó con un sombrero. A éste fue el toro y empitonó a las tablas con coraje; rompió las vallas y salió en dirección a la derecha, hacia la puerta grande de la Plaza. Los agentes que allí había fulminantemente se dieron cuenta de lo que ocurría e hicieron uso de las armas para evitar, claro está, males mayores».

José Joaquín Arazuri en su «Historia de los Sanfermines» ampliaba detalles del suceso:

«El *cobaleda*, un precioso ejemplar llamado «Liebrero», al pasar por las proximidades de las taquillas, corneó a doña Clara Herrera, esposa del señor Larequi, jefe de Arbitrios Municipales. «Liebrero» deambuló un rato por los alrededores de la plaza hasta acercarse a la puerta principal, en donde un guardia civil llegó para enfrentarse con el morlaco, con tan mala suerte que en el momento de preparar su rifle se le cayó el cargador al suelo, cuando estaba a pocos metros de la res; el guardia, sin dejar de mirarla, se agachó lentamente para no provocar la embestida, cogió el cargador, se incorporó también con lentitud, cargó el arma, apuntó y de un certero disparo el toro cayó muerto en el acto. El guardia se llamaba Cipriano Huarte y era de Olite».



«Estribero», un miura reacio a entrar en los corrales, en el encierro del 12 julio 1958, fue acosado y conducido por un perro llamado «Ortega».

«Estribero», n.º 7, negro, de don Eduardo Miura, tras correr por las calles hasta la plaza, se paró en el ruedo, no queriendo entrar a los corrales, hasta que el perro de un pastor logró enchiquerarlo.

El curioso suceso, contemplado por miles de espectadores que llenaban la plaza, fue narrado así por un reportero del «Diario de Navarra»:

«Los toros del sexto encierro (del sábado 12 de julio de 1958) pertenecían a la trágica ganadería de los Miura, y había sus temores. Pero éstos se desvanecieron pronto, a la luz de la realidad, y la realidad fue que no pasó nada desagradable. (Al contrario, pasó algo muy divertido).

Cuatro toros se adelantaron en la carrera y así entraron en la plaza, arropados por los cabestros y rodeados de mozos. Directamente se fueron a los corrales, dejando tranquilos a los muchachos. Mas esta tranquilidad duró muy poco, porque, un breve rato después, hacían su aparición los dos que faltaban. De éstos, uno se quedó en el ruedo y, tras empitonar a un corredor sin causarle el menor daño, sino un susto tremendo, se negó a entrar en los toriles y se dedicó a contemplar el multicolor aspecto de los tendidos.

De nada servían los capotazos de los diestros Chamaco, Ordóñez, un banderillero y Moneo Alaiza, ni la arriesgada y trabajosa labor de los pastores, ni los trotes de los cabestros. Llevaban transcurridos unos quince minutos en esta situación, y entonces ocurrió algo curioso y nuevo, que pasará a la historia de los encierros de Pamplona como caso raro.

Un pastor sacó a su perro de campo, un perro pequeño, de esos acostumbrados a guardar ganado, y ante el asombro y la admiración de la muchedumbre, el simpático chucho emprendió un tenaz y enérgico asedio contra el toro, mordiéndole en el rabo, en las patas y hasta en el hocico, contribuyendo con su ataque, acompañado de fuertes aullidos, a la dura faena de los citados toreros, pastores y bueyes.

La escena era por todos celebrada como cosa inusitada, hasta que por fin el bicho penetró en los corrales, seguido por el simpático perro; al cual se le hizo dar la vuelta al ruedo con todos los honores, entre las caricias de los mozos y las ovaciones entusiastas del gentío. Bien se mereció este homenaje el simpático perro».

El nombre del perro, protagonista de aquella extraordinaria «faena taurina», premiada con gran ovación y vuelta al ruedo, me lo ha facilitado Teodoro Lasanta, mayoral de la ganadería navarra de Martínez Elizondo «Chopera» y durante muchos años jefe de los pastores que conducen a cabestros y toros en los encierros sanfermineros. El perro era del vaquero Esteban Irisarri y se llamaba «Ortega». No es nombre de perro; suena, en cambio, a toreros que han sabido mandar en el ruedo.

«Ortega» era perro de pastor; en cierto modo un profesional, acostumbrado a trabajar con ganado bravo. Pero ha habido casos de perros vulgares, que se han lanzado espontáneamente a la calle, cuando pasaban los toros, y han salvado la vida, o de un susto tremendo, a más de un corredor del encierro. Como sucedió, por ejemplo, el día de San Fermín de 1927 y que relataba así el «Diario de Navarra», junto a una foto documental de Roldán:

Fue «un suceso que ocurrió al hacerse el encierro de los toros de Santa Coloma, en la plazuela de Doña Blanca de Navarra. Un toro adelantado de la manada cierra encoraginado contra un muchacho, que se ve materialmente cogido por el «coloma», y en ese crítico instante un perro, un pobre perro, le hace un quite colosal y heroico. Se lanza el perro ladrando contra el toro y éste abandona la segura presa del hombre para embestir contra el humilde chucho que tiene la osadía de salirle al paso.

(El perro, que resultó ser perra, era de un comerciante apellidado Rin-

cón, a quien se le escapó en aquel preciso momento. El muchacho salvado se llamaba Eduardo Murillo).

Y lo curioso del caso es que no ha sido la primera vez que ocurre este lance. Hace ocho o diez años pasó lo mismo en la plazuela Consistorial, con la particularidad de que el hombre, contra el cual cierra un toro, está en el suelo, y de costado sale un perrillo ladrando y desviando al toro de su segura presa».

El periodista apostillaba entre admiraciones: «¡Para que luego hablen de los perros sueltos por las calles! ¡Vivan los perros!».



«Atizador», de Ibarra, en el encierro del 13 julio 1979, dio muestras de ser un sinfundamento de toro.

Hay toros que tienen comportamientos realmente raros. Hacen cosas inesperadas, sorprendentes. Así por ejemplo, en la ocasión citada, salió un *desganao, sinfundamentau*. Se quedó en seguida rezagado. Por Mercaderes iba a paso cansino, pensando en la dehesa donde solía pasar las horas a la sombra de las encinas. Llegó a la plaza en el último pelotón y, nada más entrar, se tumbó. Al cabo de un rato se levantó, dio un derrote para espantar moscones y volvió a echarse. Algunos mozos se le acercaron, le tiraron de la cola y le hicieron levantarse. Amagó un par de embestidas y otra vez se tumbó a la bartola en el centro del ruedo.

Y allí se quedó, despreciando capotes de dobladores y varas de pastores. No hubo manera de moverlo. Se formó a su alrededor un corro nutrido de mirones. Todos querían ver de cerca a aquel bicho que tan por los suelos estaba dejando la imagen del toro bravo.

Al fin, después de varios minutos, cuando quiso, se incorporó y se fue lentamente tras los capotes al corral. Según el mayoral de la ganadería (de doña María Isabel Ibarra), experto psicólogo taurino, «Atizador» no tenía nada. Era así. «Estaba *cansao* y se ha echado un ratillo; eso es todo», dijo.



«Patirroto», un guardiola alérgico a la puerta de los corrales, reacio a ser enchiquerado, tras el encierro.

El 13 de julio de 1980 «Patirroto», después de correr normalmente por las calles, se paró en la plaza y permaneció en el redondel durante siete minutos y medio, sin atender a las invitaciones de dobladores y cabestros, sin hacer caso a la citación de un mozo, periódico en mano, y a las amenazas de un pastor, vara en alto. Estuvo inmóvil, en el centro de un corro de mozos que le rodeaban, tranquilos pero vigilantes, atentos a una posible embestida, que no dio. Cuando le dio la gana, entró en el corral.

Casos como ése, se han dado varias veces. El año anterior y en la misma fecha, fue un bicho, de nombre «Atizador», que ha sido ya mencionado. En 1982 volvieron a hacer lo mismo dos toros en dos días distintos; el 10 de julio «Sin nombre», de Félix Hernández, se plantó ante la puerta del corral

durante cinco largos minutos; y el 14, «Sargento» de Miura estuvo en el mismo sitio dos minutos y medio, pensándose bien antes de pasar al interior. El caso más extraordinario sucedió en 1887, con el toro «Tragaleguas», al que hemos dedicado su merecida mención.

En corridas

«Alemán» de Murillo y «Carpintero» de Poyales fueron lidiados en sendas faenas simultáneas, dentro del mismo coso, el 11 de julio de 1858.

Aquella curiosa faena, rarísima en la historia de la tauromaquia, fue recordada por «Diario de Navarra» el 10 de julio de 1943, tomando el relato de «El Pensamiento Alavés» de Vitoria.

«El caso fue que (el domingo 11 de julio de 1858) se celebró (en la vieja plaza de Pamplona) una corrida de diez toros, lidiándose cuatro de éstos en todo el ruedo y los seis restantes con división del mismo. Cinco de las reses pertenecían a la vacada de don Severo Murillo, de Ejea de los Caballeros, y otras cinco a la de don Miguel Poyales, de Tudela.

De estoquear a los cuatro lidiados en plaza entera estaban encargados «Cúchares» y «Salamanquino», y para dar cuenta de los jugados con división de ruedo colocáronse en un lado «Cúchares» y Antonio Velo, y en otro «Salamanquino» y Victoriano Alcón «el Cabo» con sus cuadrillas correspondientes.

Nada digno de especial referencia ocurrió durante la lidia de los cuatro toros en la plaza entera; pero, en cuanto partieron ésta por gala en dos, comenzó lo extraordinario.

De los dos primeros toros que salieron para ser lidiados en plaza partida, el del lado de la sombra, llamado «Alemán», negro listón, de Murillo, saltó cuatro veces al otro departamento, juntándose por consiguiente los dos astados en una misma sección. Tres veces se logró hacerle volver a su sitio, pero no así la cuarta; por lo que, al tocar los clarines la señal para la muerte, cogieron los trastos «Cúchares» y «Salamanquino», dirigiéndose el primero al saltarín «Alemán» y el segundo al llamado «Carpintero» de la ganadería de Poyales.

Peligrosa sería siempre la lidia simultánea de dos toros en un ruedo, pero entonces lo fue más, puesto que se lidiaron los dos en medio ruedo solamente. Ambos espadas pasaron de muleta a sus respectivos toros con la mayor rapidez; «Curro Cúchares» dio dos pases y endilgó una estocada baja, y el «Salamanquino» administró siete pases y dejó una estocada corta y otra hasta la mano. Por la valentía que demostraron dichos diestros, les fueron concedidos los toros».

Los toros enteros, como se hacía entonces. Buen trofeo, que solucionaba el condumio de unos días.



«Baturro» inauguró la plaza de toros en la corrida del 7 de julio de 1922.

El único título que puede presentar «Baturro» para inscribirse en la nómina de toros célebres es éste: que le tocó en suerte salir el primero al ruedo en la inauguración de la actual (entonces llamada nueva) plaza de toros. Si no hubiera sido por eso, permanecería con todo merecimiento en el anonimato. El tono de la crítica taurina sobre aquella corrida inaugural, tomado de «El Pensamiento Navarro» de 8 julio 1922, suena así:

«La primera de feria. Seis toros de don Vicente Martínez para Saleri, La Rosa y Lalanda. En el nuevo coso dedicado a Tauro imperó ayer a todo trapo el más soporífero tedio. Primero (sin citar el nombre del toro, «Baturro»). Saleri se ciñe una porción, capoteando superiormente. (Oleaje y pal-moteo). Hay dos refilonazos y tres varas, luciéndose los maestros en los quites. Regularmente banderilleado el bicho por los subalternos del veterano romanonista, empuña éste los trastos toricidas, haciendo una faena nada más que decentita, sobresaliendo algún pase natural bien administrado. Saleri alarga una pinchadura y una estocada de efecto fulminante, entrando con bastante decisión. (Ovación)».



«Churrero», de Pablo Romero, en la corrida del 12 de julio de 1961, mandó a la enfermería a dos de los tres diestros: a Paco Camino en un quite, y a Chamaco con la muleta.

El tercer espada, Diego Puerta, se quedó solo con los seis astados, porque lo dicho sucedió en el primero. Despachó rápidamente a «Churrero» y en lidia normal, uno tras otro, a «Rancherito», «Remolcador», «Chalequito», «Tumbaquero» y «Amargoso».

De pocos toros se puede contar lo de «Churrero».

Premiados

«Rabioso», n.º 57, castaño, de don Alvaro Domecq, ganó el premio de la I Feria del Toro en 1959, consistente en un cuadro de Andrés Martínez de León.

«Rabioso» llegó a los corrales del Gas el día 4 de julio de 1959, dando que hablar a los aficionados desde que salió de la cambreta, por su estampa y trapío. Se hizo también notar en el encierro del día 9. El reportero del «Diario» escribió:

«Dos toros se quedaron en el ruedo, y uno de ellos, un colorado imponente («Rabioso»), arremetió contra un mozo, derribándole y dándole varias volteretas. El muchacho, por fortuna y por el capotillo de San Fermín, no sufrió el menor rasguño. Tras un breve y alarmante recorrido de los dos bichos por el anillo, las capas, también providenciales, del «Chico de Olite» y de Pepe Moneo Alaiza lograron llevarles al corral junto a sus cuatro hermanitos».

En la corrida «Rabioso», por una parte, proporcionó al diestro Curro

Girón una tarde triunfal (ovación, dos orejas y rabo, y salida a hombros hasta el hotel), y por otra ganó para su ganadero, don Alvaro Domecq, un premio de gran valor artístico.



«Malaquino», n.º 1, negro zaíno, de don Antonio Ordóñez, fue el ganador del premio de la III Feria del Toro en 1961 y de un cuadro de Antonio Casero.

Don Antonio Ordóñez, como ganadero de reses bravas, quiso celebrar su «puesta de hierro y divisa» en Pamplona por Sanfermín. Dijo a la prensa madrileña: «Es lo menos que puedo hacer por una ciudad tan taurina y que me considera como uno de sus hijos predilectos, a pesar de haber nacido a muchos kilómetros de la Plaza del Castillo. Espero que mis toros en Pamplona pongan en el ruedo tanta voluntad y bravura como yo pongo en mis actuaciones de torero».

Y la pusieron. Los toros salieron bravos de verdad. Uno de ellos, «Malaquino» de nombre, el n.º 1 de la camada, fue el mejor, el más bravo de la feria. Ganó el premio, un cuadro de tema taurino, obra maestra del pintor Antonio Casero, que fue recogido, como un trofeo más, por el veterano matador y novel criador de toros. ¡Enhorabuena, «Malaquino»!



«Buscalíos», n.º 39, negro, de don Alvaro Domecq, ganó el premio de la IV Feria del Toro en 1962.

Lidiado por Mondeño en tercer lugar en la corrida del 12 de julio del citado año, fue considerado como el toro más bravo de aquella feria sanferminera y premiado con un cuadro de Antonio Casero.



«Escorpión», n.º 178, negro, del Marqués de Domecq, logró el premio de la V Feria del Toro en 1963.

Fue lidiado en quinto lugar en la corrida del día 11 de julio de aquel año por el diestro Luis Segura, consiguiendo para su ganadero un hermoso cuadro del pintor Antonio Casero.



«Nueve cosechas», n.º 80, negro meano, del Conde de la Corte, ganó el premio de la VI Feria del Toro.

Salió el primero en la primera corrida de los Sanfermines de 1964 y al final de la feria encabezó también la clasificación del premio a la bravura.



«Guineo», n.º 11, negro listón, del Conde de la Corte, ganó el premio de la VII FERIA del Toro.

Fue lidiado en segundo lugar por el diestro Paco Camino, en la corrida del 8 de julio de 1965. El premio consistió, como en anteriores ocasiones, en otro cuadro de Antonio Casero.

☆ ☆ ☆

«Escultor», n.º 118, de don Alvaro Domecq, ganó el premio de un Concurso de Ganaderías.

Lidiado en sexto lugar por el diestro Antonio Ordóñez, fue elegido como el mejor de la Corrida Concurso de Ganaderías celebrada el 14 de julio de 1966. El premio era un cuadro de Martínez de León.

☆ ☆ ☆

«Ventero», n.º 8, castaño, de don César Moreno, ganó el premio de la X FERIA del Toro en 1968.

Lidiado en primer lugar en la corrida del 8 de julio del citado año por el diestro José Fuentes, ese toro de ganadería navarra fue el más bravo de la feria.

☆ ☆ ☆

«Madrileño», n.º 28, de don Juan Pedro Domecq, ganó el Trofeo Carriquiri en 1969.

Fue lidiado por el diestro Santiago Martín «el Viti» el 14 de julio de 1969 en el último lugar de la última corrida. Aquel año el último toro salvó el honor de la divisa y de la feria.

☆ ☆ ☆

«Delirio», n.º 76, de don Juan Pedro Domecq, ganó el Trofeo Carriquiri en 1970.

Fue lidiado en 2.º lugar en la corrida del 8 de julio por el diestro Francisco Rivera «Paquirri».

☆ ☆ ☆

«Vareto», n.º 4, del Conde de la Corte, ganó el Trofeo Carriquiri en 1971.

Fue lidiado en primer lugar en la corrida del 13 de julio por el diestro Diego Puerta.

☆ ☆ ☆

«León», n.º 39, de don Eduardo Miura, ganó el Trofeo Carriquiri en 1972.

Fue lidiado en primer lugar en la corrida del 10 de julio por el diestro Andrés Vázquez.

☆ ☆ ☆

«Importuno», n.º 25, de don Eduardo Miura, ganó el Trofeo Carriquiri en 1973.

Fue lidiado en sexto lugar en la corrida del 14 de julio por el diestro Antonio José Galán.

☆ ☆ ☆

«Galguito», n.º 9, de don Eduardo Miura, ganó el Trofeo Carriquiri en 1974.

Fue lidiado en cuarto lugar en la corrida del 13 de julio por el diestro Manolo Cortés.

☆ ☆ ☆

«Aguijito», n.º 86, de don Eduardo Miura, ganó el Trofeo Carriquiri en 1975.

Fue lidiado en tercer lugar en la corrida del 10 de julio por el diestro Antonio José Galán.

☆ ☆ ☆

«Algabeño», n.º 44, de don Eduardo Miura, ganó el Trofeo Carriquiri en 1977, vendiendo cara su vida.

Emilio, cronista taurino del «Diario de Navarra» lo vio así: «A Galán le tocó en suerte «Algabeño» con 574 kilos. Un bicho precioso, mitad negro y mitad castaño. Con trapío, lámina, estampa, cuajo y empuje. Que se lo llevó hasta la misma boca de riego del centro del ruedo. Al matar vemos que Galán se lanza espada en mano, la mete hasta el puño y sale volando por los lomos del miura, después de recibir un tarantantán en el pecho; el diestro es trasladado a la enfermería, mientras el toro iba al desolladero, no sin antes dar ambos la vuelta al ruedo: Galán por representación con las dos orejas de «Algabeño», y éste bien matado y desorejado».

☆ ☆ ☆

«Revoltoso», n.º 21, del Marqués de Albaserrada, ganó el Trofeo Carriquiri en 1979.

Fue lidiado en quinto lugar en la corrida del 15 de julio por el diestro Carlos Escolar «Frascuelo».

☆ ☆ ☆

«Hatero», n.º 34, del Marqués de Albaserrada, ganó el Trofeo Carriquiri en 1982.

Fue lidiado en tercer lugar en la corrida del 8 de julio por el diestro Jorge Gutiérrez.

☆ ☆ ☆

«Navajito», n.º 66, de don Eduardo Miura, ganó el Trofeo Carriquiri en 1983.

Fue lidiado en quinto lugar en la corrida del 10 de julio por el diestro José Antonio Campuzano.

☆ ☆ ☆

«Palomero», n.º 26, de don Fermín Bohórquez, ganó el Trofeo Carriquiri en 1984.

Fue lidiado en primer lugar en la corrida del 11 de julio por el diestro Emilio Muñoz.

☆ ☆ ☆

«Helador», n.º 2, del Marqués de Domecq, ganó el premio Carriquiri en 1985.

Fue lidiado en segundo lugar en la corrida del 11 de julio por Ortega Cano.

☆ ☆ ☆

«Vidriero», n.º 24, del Marqués de Domecq, y «Bilbaíno», n.º 29, de Murteira Grave, compartieron el premio Carriquiri en 1986.

Fueron lidiados: «Vidriero» en primer lugar el 12 de julio por José Antonio Campuzano y «Bilbaíno» el 13 por Roberto Bermejo.

☆ ☆ ☆

«Carasucia», n.º 69, de don Salvador Guardiola Fantoni, ganó el premio Carriquiri en 1987.

Fue lidiado en quinto lugar el 8 de julio por José Nelo «Morenito de Maracay».

☆ ☆ ☆

«Abeja», n.º 77, de don Salvador Guardiola, ganó el premio Carriquiri en 1988.

Fue lidiado en cuarto lugar el 8 de julio por Paco Alcalde.

☆ ☆ ☆

Desgraciados

«Boticario», de don Cándido Díaz, en los corrales del Sario, en 1919, fue muerto por su hermano «Confitero».

Nos enteramos de su desgracia por una crónica taurina de *Arako* en «Diario de Navarra», referente a los Sanfermines de 1919, en la que decía: «Confitero», n.º 64, berrendo en negro. Este «sujeto» es el que en el Sario tuvo la humorada de matar a su hermanito, no sé si porque le tenía tirria o porque se llamaba «Boticario».

☆ ☆ ☆

«Paquete», n.º 21, cárdeno oscuro, de Concha Sierra, no se fiaba ni de su sombra, y eso le perdió.

Los desenjaules de toros en los corrales del Gas suelen brindar anécdotas interesantes sobre las reacciones de los bichos en ese momento clave. Por ejemplo, ésta que se lee en «Diario de Navarra» del domingo 1 de julio de 1951:

«Ayer a las siete y media de la tarde se realizó el primer desencajonamiento de las dos primeras corridas de feria, las andaluzas de Concha y Sierra y marqués de Villamarta. Hubo un lleno. Se vio ayer el inconveniente de tener el desencajonamiento a pleno sol. Salen siempre los toros deslumbrados, después de cinco días de encierro y a oscuras; y así ocurrió ayer que uno de los toros de Concha y Sierra («Paquete»), al vislumbrar de mala manera reflejada en la pared del fondo una sombra que se movía —que era la suya—, la emprendió a cornadas y se deshizo, escobillándose, más que astillándose, las dos puntas de sus astas».

«Paquete» corrió en el encierro, pero no le permitieron salir por la tarde a la plaza. Fue rechazado por los veterinarios en el apartado. Al cronista taurino de «Arriba España» no le pareció bien esta decisión, alegando que «contaba con la simpatía torera, con la admiración del público y con la nota mejor en el avance del tentadero. Era, como se dice, el favorito de la casa.

Pero no le valió. El cárdeno «Paquete» hubo de morir a tiro, en corrales. Ese era tu sino, «Paquete», que te escobillaste en corralillos del Gas por embes-
tir, nervioso de salida del cajón, a tu propia sombra».



Un «miura» murió en la cambreta de transporte.

Al atardecer del 2 de julio de 1959 un camión ganadero se paró junto a la tapia de los corrales del Gas, en la Rochapea. El mayoral y los pastores comenzaron la operación del desencajonamiento, que a veces ofrece sorpresas. Se abrió una cambreta, y nada. No salió el toro ni se oía pateo dentro. ¿Estaría vacía? Tampoco, por desgracia. El bicho estaba; pero inmóvil, muerto. Se había asfixiado en aquel incómodo y sofocante cajón. La jaula se había convertido en ataúd taurino. Al mayoral le dieron ganas de quitarse el sombrero cordobés y echar un responso campero.

Pero no terminaron ahí las desgracias de aquella malhadada tarde. Otro toro, de nombre «Jabalino», n.º 105, negro mulato, al pasar por los carrejos hacia el último corral, se rompió un cuerno por la cepa, quedando inutilizado, con incapacidad total y absoluta. ¿Para qué sirve, qué puede hacer un toro sin cuernos? El mayoral meditaba. ¡Te pasas los días y los años cuidando que no se astillen, que no se escobillen, y a última hora esto! ¡Esto y lo otro! ¡La negra tenemos hoy, don Eduardo!



«Argentino», n.º 9, de don Pablo Romero, cayó muerto de un testarazo en el Gas.

El 2 de julio de 1960 llegaron a Pamplona los «pablorromeros» y en su desencajonamiento uno de los bichos sufrió un repentino ataque de locura con desenlace fatal. «Diario de Navarra» lo relataba así:

«Desencajonado el primer astado, que llevaba el n.º 9, de nombre «Argentino», de pelo negro zaíno, se le pasó al último corral para dar salida al segundo, lo que se hizo seguidamente. Enfurecido «Argentino», en cuanto le echó la vista encima, fue a por «Torrejón», que así se llamaba, rompiendo la puerta que los separaba, para encontrarse con él en tremendo choque, derribándole. Al cabo de un rato, éste se recobraba y el otro caía muerto».

Cayó muerto el atacante «Argentino», al estrellarse contra el fuerte «Torrejón».



«Espigares», de Miura, fue corneado y muerto en los corrales del Gas por «Flor de Jara».

«Espigares» vino a Pamplona en los primeros días de julio de 1970. Venía a correr detrás de los mozos, a pelear con los caballos de los picadores y a morir en el albero a manos de un espada. Pero su destino se cortó de forma inesperada en los corrales del Gas. Allí, en la operación del desencajona-

miento, cuando descansaba del largo y agobiante traslado en camión, un hermano de viaje y de camada, llamado «Flor de Jara», arremetió de improviso contra él y lo mató a cornadas. «Espigares» pasó de la lista dorada de la gloria a la negra de la desgracia.

☆ ☆ ☆

«Revoltoso», de don Joaquín Buendía; «Canario», de don Pablo Romero.

«Revoltoso» y «Canario»: dos toros que se desgraciaron en distintos corrales del Gas, en la anteferia de 1974, a consecuencia de luchas entre hermanos. Los dos perdieron sus oportunidades de lucir su casta ante miles de espectadores. Los dos quedaron fuera de combate en peleas de corral, a la luz de la luna.

☆ ☆ ☆

«Sacristán», un miura que, en un ataque de *campretofobia*, se rompió un pitón, quedando incapacitado para ejercer su profesión.

Los seis «miuras» que llegaron a Pamplona el 1 de julio de 1977 dieron muestras de suma excitación, aunque sólo «Sacristán» tuvo la desgracia de autolesionarse, en un berrinche de claustrofobia. Los seis, al ser desencajonados en el Gas, dieron el espectáculo. «Diario de Navarra» comentaba:

«Los toros de la famosa vacada andaluza, como siempre, abandonaron su encierro de las cambretas espectacularmente, arrancándose codiciosos a los cabestros, peleándose entre ellos y arremetiendo contra todo lo que había delante. Fueron ovacionados».

Y añadía: «Un toro, llamado «Sacristán», se rompió un pitón bregando en la jaula y otro hermano, de nombre «Algabeño», n.º 44, castaño, ocupará su puesto».

«Algabeño», que vino de suplente, ganó el Trofeo Carriquiri de la feria.

☆ ☆ ☆

«Tostadito», del Marqués de Domecq, resultó muerto en una pelea a testarazos.

He aquí el relato del suceso en el «Diario», hecho por el cronista taurino Emilio: «Accidentado desencajonamiento en el Gas (el 1 de julio de 1978). Un toro del Marqués de Domecq resultó muerto. Sobre las ocho y media de la tarde llegó el camión ganadero. Desde los primeros momentos se advirtió que los toros del Marqués iban a dar trabajo por lo excitados que abandonaron las jaulas. No se tranquilizaban y continuamente se arrancaban entre ellos y también contra los cabestros.

El tercero en salir, un castaño cornalón («Taquillero»), al verse con sus hermanos en el corral pequeño, se lanzó con gran fuerza sobre el número 26 («Tostadito»), el primero que se había desencajonado. Ambos se embistie-

ron de frente y, a consecuencia del tremendo golpe, el número 26 cayó fulminado para no levantarse más.

Hubo que retirar el ganado a otro corral y sacar el toro de allí, atando una soga a los pitones y a base de tracción humana. Se desencajonaron los tres restantes, sin que disminuyese la excitación y embestidas de los astados. Anochecido ya, el mermado encierro del Marqués de Domecq fue retirado a su correspondiente corral. El toro que causó baja fue el llamado «Tostadito» y el causante del chandrí, el número 7, de nombre «Taquillero».



«Alpargatero», del Conde de la Corte, murió en los corrales, apuñalado a cornadas por sus hermanos de camada.

Sucedió el 2 de julio de 1982. Los toros del Conde de la Corte, a pesar de su noble titulación, en aquella ocasión demostraron tener modales muy poco cortesanos. Leemos en la prensa que, «sobre las cuatro de la tarde dos astados se pelearon brutalmente y el perdedor fue corneado con saña por todos sus compañeros de encierro. El pobre bicho, marcado con el número 8, se llamaba «Alpargatero» y era de pelo castaño, ojo de perdiz».

Anónimos

En Sanfermines ha habido toros anónimos que se han hecho célebres por distintos motivos. Aunque no podamos dar sus motes, sí queremos recordar sus hazañas, divertidas unas y lamentables otras. Quedaron en el anonimato porque sus gracias o fechorías se produjeron cuando iban en manada, corriendo en el encierro, confundidos entre los cabestros y el motrollón de corredores.

Podemos repartirlos en dos grupos principales: toros que provocaron duplicación de encierros y toros que causaron cogidas mortales, quedando algunos sueltos como protagonistas de otros sucesos insólitos.

Dos encierros al día

En la mañana del 8 de julio de 1895, un toro de López Navarro, de Colmenar Viejo, al llegar con la manada a la plaza Consistorial, se paró, volvió astas y regresó al punto de partida, al corralillo del baluarte de Rochapea. Costó Dios y ayuda, la ayuda de todos los cabestros disponibles, sacarlo de allí. Se tardó más de una hora para conducirlo a él solo, en plan de segundo encierro del día, hasta los corrales de la plaza. Fue un record de lentitud, no superado hasta la fecha.

El 8 de julio de 1904 hubo dos encierros de Murubes. El «Diario de Navarra» lo recordaba en su sección «Medio siglo atrás» con estas palabras: «En el encierro, con toros de Murube, uno de los cornúpetas se rezagó en la calle, volviendo luego al corralillo de la Rochapea, en el que, exponiéndose no poco, logró encerrarlo el joven Doroteo Legaria. Minutos después llega-

ron los mansos enviados desde la Plaza de toros y hubo un segundo encierro con el rezagado «muruve».

El 10 de julio de 1907 se repitió la escena con otro murube rezagado. La entrada de los toros, aquel día, se hizo en dos tandas. La primera con normalidad y, cuando el grueso de la manada entró en los corrales de la plaza, se tiró el cohete reglamentario y la gente llenó las calles del recorrido. Al poco rato corrió la voz de que un toro andaba suelto por Santo Domingo. Efectivamente, era un murube que se había quedado frente al Hospital Militar. Los pastores, entonces, llevaron hasta allí a los cabestros, recogieron al toro remolón y lo condujeron en otro encierro (o entrada, como entonces se decía) hasta la plaza.

El 9 de julio de 1908 hubo también dos encierros, de tres toros cada uno. Tres bichos de Guadalest se quedaron en el corralillo del portal, cuando sus hermanos salieron para ser conducidos a la plaza. Encerrados éstos, se procedió a dar suelta a los otros, con lo que hubo un segundo encierro.

El 10 de julio de 1924 fue un toro de Concha y Sierra el protagonista del segundo encierro del día. «Diario de Navarra» lo contaba así: «Ocurre que, cuando menos se espera, se encuentra uno con que en vez del obligado encierro se hacen dos, como ocurrió ayer, por fuerza de un toro de Concha y Sierra que se volvió de la misma puerta del corralillo y allí se quedó entretenido por un pastor, mientras sus congéneres se encerraban en los corrales de la plaza».

Después de enchiquerarse éstos, «se fue con media docena de cabestros en busca del que se había quedado en el corralillo de Rochapea. Una vez recogido con los mansos, se le trajo a la plaza, precedido también de muchos corredores, dando otra vez el sugestivo espectáculo de un nuevo encierro».

Los toros de Concha y Sierra, según el padrón dado en el desencajonamiento, fueron: «Monterilo» n.º 88, «Rubiano» n.º 109 negro, «Vencedor» n.º 41 cárdeno oscuro, «Herrerito» n.º 52 negro, «Salto» n.º 36 colorado con rayas, y «Sebrijano» n.º 52 negro. Uno de éstos fue el que provocó aquel segundo encierro.

En la mañana de San Fermín de 1927, un toro de Santa Coloma se quedó en la corraleta de Santo Domingo, cuando los demás de la manada salieron para ir a la plaza. Por ese motivo, como en otras ocasiones, concluido el encierro normal, se repitió el recorrido con el santacoloma solitario.

Cogidas mortales

Un toro de Santa Coloma, en el encierro del 13 de julio de 1924, le pegó una cornada a Esteban Dómeño, de la que murió al día siguiente.

He aquí el relato que hacía el «Diario de Navarra»:

«Encierro accidentado. Desde que nos apercibimos de la muchedumbre inmensa que poblaba todo el trayecto que había de recorrer el ganado y conociendo las condiciones de gran ligereza que predominan en los toros del Conde de Santa Coloma, supusimos que el encierro había de ser accidentado, como en efecto lo fue.

Dieron las siete y, al estampido de los dos chupinazos reglamentarios, salieron del corralillo de Rochapea los seis toros de Santa Coloma, que al momento se adelantaron de los cabestros, emprendiendo solos veloz carrera calle arriba, llevando por delante un tropel grande de gente.

En esta forma llegaron al final de la calle de la Estafeta, donde el gentío de corredores se espesó. Y así los toros, rodeados de gente y separados del cabestraje, entraron en el vallado que va de acceso a la plaza. Y allí, junto al vallado derecho, uno de los toros no tuvo más que meter la cabeza para alcanzar de lleno a un muchacho que tieso, en vez de tirarse al suelo, y sin poder subir a la valla, por la mucha gente que allí se había agolpado, no pudo esquivar el derrote, sufriendo una cornada que al momento se vio que era importante, a juzgar por el desvanecimiento e intensa palidez que le sobrevino.

Fue recogido por varios amigos y conocidos, y conducido rápidamente a la enfermería, donde los médicos de servicio (Martínez de Ubago y Goñi) en cuanto le examinaron se apercibieron de la importancia suma que la herida ofrecía. Se trataba de una cornada en la región lumbar derecha, de abajo arriba, que interesó el pulmón del mismo lado y otros órganos importantes, a juzgar por el triste desenlace que sobrevino (en el hospital civil) ayer lunes (14 de julio) a la una de la tarde.

El desgraciado muchacho se llamaba Esteban Domeño, de 22 años, soltero, natural de Sangüesa y avecindado en la calle de San Gregorio. Simultáneamente su oficio de albañil con el de ayudante de uno de los columpios que funcionan en el Ensanche».

«El Pueblo Navarro», al relatar el suceso, decía que el muchacho cogido se llamaba Antonio Domínguez Laborra.



Un toro de Cruz del Castillo mató a Santiago Martínez en el encierro del 8 de julio de 1927.

Lo contaba así «El Pueblo Navarro» al día siguiente:

«A las siete en punto sólo el chupinazo en el Portal de la Rochapea e inmediatamente salieron los cornúpetas de D. Celso Cruz del Castillo. Al llegar a la plaza la manada, uno de los toros se desvió y alcanzó a un hombre que se encontraba cerca de un burladero. La cogida fue aparatosa, dándole un terrible cornalón que atraviesa de un costado a otro y seccionándole como un cuchillo el estómago. (Después de hacerle una cura en la enfermería de la plaza), fue trasladado al hospital civil, donde el médico Sr. Lubelza, acompañado del doctor Húder y del personal necesario, realizó la difícil operación, quedando el herido en grave estado. Se llamaba el infortunado herido Santiago Martínez, de 33 años, casado, albañil de oficio, natural de Pamplona. En las primeras horas de la noche, después de pasar el día en estado preagónico, falleció».

«Diario de Navarra» añadía detalles: «La víctima fue un hombre que no hizo nada por encontrarse en el grave percance que sufrió (aparte de correr delante de los toros), ni estaba bebido ni siquiera en plan de juerga. Vestía

traje de americana, no llevaba blusa y ni siquiera pañuelo al cuello. Estaba solo».

Fue un encierro de cuatro toros, para la corrida de «Prueba». En la reseña de los mismos no se daba nombres, sólo números y pelajes. Estos: «Número 6, cárdeno oscuro (el que corneó a Santiago Martínez); número 12, negro mulato, astillado del pitón derecho; número 4, negro zaíno; número 41, negro mulato».



Un toro de Carmen de Federico, en el encierro del 10 de julio de 1935, le dio una cornada mortal a Gonzalo Bustinduy.

José Joaquín Arazuri, testigo presencial, cuenta la cogida y la impresión que le produjo en su libro «Historia de los Sanfermines»:

«Al final del encierro, un toro quedó en el ruedo y un inconsciente joven se acercó a torearlo con una prenda en la mano. Los que corrimos aquella mañana y nos quedamos en el ruedo pudimos presenciar a pocos metros cómo el *murube* introducía su asta por el hemitórax derecho del joven, por debajo de su axila. Aunque han pasado 49 años, no hemos olvidado la trágica impresión de contemplar la sangre inundando la camiseta simultáneamente a la penetración del cuerno. Aquellos segundos los recordamos vivamente. El herido era un joven de 29 años, llamado Gonzalo Bustinduy y Gutiérrez de la Solana, soltero, natural de San Luis de Potosí, de nacionalidad española y perteneciente a una acomodada familia donostiarra».



Un toro de don Alvaro Domecq, en el encierro del 9 de julio de 1961, corneó a Vicente Urrizola, que murió al día siguiente.

Le cogió cerca de la plaza del Mercado. Corrían cinco *domecqs*. Se llamaban «Candelito», «Formalón», «Divisionario», «Luncio» y «Agraciado». Uno de ellos se entintó de sangre un pitón en la cuesta de Santo Domingo. Cualquiera pudo ser.

SUCESOS INSOLITOS

Esto sucedió el 6 de julio de 1751:

«Los ediles salieron a vísperas de la Casa a las 5 y no a las 3, como era costumbre, porque desde la mañana hasta las 2 no se ha podido entrar en la Ciudad los dos toros de muestra y, habiéndose logrado la entrada a esa hora, surtió tan mal que desde la Plaza de Santo Domingo, retrocediendo toros y mansos, se huyeron por el pasaje del Hospital y la Taconera, desde donde a pesar de varias tentativas no fue posible conducirlos a la Plaza y finalmente, trayéndolos por La Calle Mayor, tapando con mantas las bocacalles, se desviaron por la del Pozo de San Cernin y entraron en una casa, donde estuvieron encerrados hasta concluir las vísperas y llevarlos después con cuerdas al toril, pero era tan tarde que no se pudo correr la muestra y se

dispuso quedaran reservados para mañana, a una con los otros dos toros que se deben entrar muy de mañana».



Toro descuartizado por granaderos

El año 1857 ocurrió en Tafalla un caso curioso. En los primeros días del mes de julio pasó por Tafalla, en dirección a Pamplona, una compañía del Regimiento de Zaragoza que estaba destacada en Tudela.

La compañía pernoctó en la ciudad del Cidacos y al amanecer, cuando las cornetas andaban tocando a diana por las esquinas y empezaban los soldados a salir de sus alojamientos y se reunían en la plaza los madrugadores, se oyó de pronto una espantosa gritería.

Nicolás Estévanez, que iba como alférez de granaderos en la compañía, relata la escena en sus Memorias, publicadas en «El Imparcial» a principios de este siglo.

Se había escapado un toro de los que llevaban para las fiestas de San Fermín. El valiente animal entró en la plaza echando espuma, los soldados armaban la bayoneta, la confusión era grande, la polvareda enorme. Al cabo de un minuto sólo quedaban en medio de la plaza el rabo y las astas de la fiera. Lo demás se lo habían metido en los morrales los granaderos.

(Nota de José M.^o Azcona en el libro «Memorias de Angel Morrás, escenas de la vida tafallesa». Tafalla, 1932).



Un toro de Gregorio Campos, en el encierro del 8 de julio de 1917, rompió varias puertas de tablones o vallas transversales que se colocan en las calles después de pasar la manada.

De esta peripecia, espectacular y rarísima en la historia de los encierros sanfermineros, se dieron dos versiones en los periódicos locales, «El Pueblo Navarro» y «Diario de Navarra», con variación en algunos detalles importantes, por lo que merecen ser conocidas las dos.

«El Pueblo Navarro» de 9 julio 1917 decía:

«Un encierro accidentado. Daban las seis, y los pastores ribereños, abriendo las puertas del baluarte donde los toros aguardaban, comenzaron a arrear el ganado hacia la cuesta de Santo Domingo. Sin dificultad alguna salieron los bichos, «arropados» por los cabestros, y emprendieron velocísimamente la carrera; pero en el preciso momento en que ésta comenzaba, tras el ganado, se disparó en la forma de costumbre el cohete anunciador de la salida, y el rumor de la pólvora al cebarse, hizo volverse a uno de los toros, que se detuvo unos instantes amenazador, frente a los pastores y gente que corría detrás y en aquel punto, como es lógico, había hecho alto en sus pasos. Algunos buenos palos, arrojados a la cabeza del animal, le hicieron volverse de nuevo hacia sus hermanos, que ya se perdían en lo alto de la cuesta, hacia el Hospital militar, y tras ellos salió trotando el toro, completamente solo,

sin bueyes, sin más «cortejo» que el de unos pocos valientes vaqueros que con voces y palos se proponían mantenerle en su carrera».

Al paso del primer grupo, que llevaba mucha ventaja, «los encargados de hacerlo iban cerrando las vallas transversales que se ponen en las calles, para evitar el peligro en caso de que un toro se vuelva o suceda algo que interrumpa la marcha rapidísima del ganado. Y claro, el toro rezagado, al avanzar, se encontraba con el obstáculo de las vallas dichas, pero le bastó en dos ocasiones en que ocurrió esto, derrotar «suavemente» en las tablas, para levantar en la cabeza el obstáculo y allanar de tal modo su camino».

El cronista del «Diario de Navarra» (9 julio 1917) relataba por su parte que aquel toro «ya de madrugada había dado mucho quehacer a los bravos pastores navarros en los corrales del gas, y se negó a salir del corralillo de Rochapea (no que se volviera después de salido), en el crítico momento en que el resto del ganado salía velozmente hacia la plaza. Allí (en el corralillo) se quedó solo un minuto o poco más, hasta que se decidió a salir por las calles cerradas, en busca de sus congéneres.

Con tanta terquedad como la que demostró a no querer salir del corralillo, puso en práctica su poder para salvar y destruir todos los obstáculos que encontrara a su paso. Así ocurrió que tres (y no dos, como decía el otro periódico) de las enormes vallas que cierran de trecho en trecho las calles del trayecto para impedir el retroceso del ganado, fueron derribadas por el toro descarrilado con tanta facilidad como si se hubiera tratado de vallas de papel.

Lo más sensible fue lo que ocurrió en la tercera valla, situada a la entrada de la calle de la Estafeta. El toro, a pesar de tener medio abierto el vallado, derrotó en el centro del mismo, sacándolo de sus goznes y tirándose a las espaldas, juntamente con el guardia municipal Hernández que allí se hallaba encaramado. Al caer al suelo el guardia, recibió sobre el pecho el vallado, que le produjo una fuerte contusión, de la que tuvo que guardar cama».

No daban los reporteros el nombre del toro. Yo sólo puedo decir que fue uno de los seis lidiados aquel día y cuya presentación hizo *Arako* en la crónica de la corrida, a su manera, de esta guisa:

«Primero», «Religioso», número 62, negro y con una tripa más hinchada que un telegrama de importancia en periódico de escasa información... Segundo, «Gazapito», número 56, negro bragao y con una cuna en la que caben tres niños de pecho y dos más ya descabezados... Tercero, «Furioso», número 84, negro bragado, recortado de pitones y con un morrillo más alzado que el precio de las subsistencias... Cuarto, «Peruano», número 69, negro y ancho de cuna... Quinto, «Planchero», número 27, negro... Sexto, «Traidor» número 90, negro y bizco del izquierdo...».



Un toro de Sánchez Cobaleda, en el encierro del 15 de julio de 1933, enganchó por la faja a un muchacho y lo llevó colgando por el ruedo, protagonizando una de las cogidas más célebres y espectaculares de los encierros.

Era sábado. Corrían muchos mozos ante las astas. Entraron apeltoneados en la plaza. Entonces ocurrió el suceso. Lo contó así el «Diario de Navarra»:

«Un toro enganchó por la faja –nunca más gráfica y expresiva esta frase– a un muchacho, y colgado de un cuerno, como si fuera un abrigo en una percha, lo llevó tres cuartos largos de plaza, desde la puerta de entrada al ruedo hasta un par de metros antes de la que da acceso al corral.

Entonces se dio cuenta que le molestaba aquel peso y se lo sacudió bonitamente, dejándolo, previo un volatín, en el suelo; y no pasó nada. Es decir, pasó el toro por encima de él, tirándole un derrote sin tocarlo ni mancharlo. Podemos dar fe porque estuvimos poco rato después con este muchacho que hizo de «aviador», en el cuerno de un toro, que no le tocó ni un hilo de su camisa».

El muchacho era José Carroza, de 18 años, muy conocido por tener un negocio de maquinaria agrícola y motores en Echavacoiz.

El toro fue uno de estos ocho que se lidiaron aquel día: «Dominante» n.º 5 cárdeno, «Avión» n.º 21 negro, «Arriero» n.º 24 cárdeno, «Cara de rosa» n.º 39 colorado, «Almendrito» n.º 40 negro, «Limpiador» n.º 52 negro, «Gaditano» n.º 59 negro bragao, «Giraldito» n.º 68 negro listón.

Si el calificativo de «aviador», dado por el periodista a José Carroza, tiene sentido de alusión, podemos pensar que el toro que le enganchó fue el n.º 21, de nombre «Avión»; pero sin asegurarlo.



Cogida de un espontáneo en la corrida del 10 de julio de 1950.

La contó José M.^a Iribarren:

«Ocurrió en ésta (en la corrida antes citada) un incidente desagradable que estuvo a punto de costarme caro. A la salida del segundo bicho, cuya muerte correspondía a Manolo González, se tiró al ruedo un espontáneo. Era –según luego se supo– un chico de Pamplona.

El toro, al avistarle, se lanzó contra él, de lejos y al galope. El mozo, o inconsciente o agarrotado por el terror, no se movió siquiera, y el toro, que venía muy lanzado, le arreó un testarazo horroroso, dejándole en la arena tan inerte, que todos supusimos que lo había clavado, que estaba muerto.

Como suele ocurrir en estos trances, la emoción de la multitud se desfogó en protesta airada contra los subalternos del espada de turno, que, deprimidos por la brutal cogida y pendientes del toro, dejaron de acudir en socorro del espontáneo.

La vista del herido, inmóvil como un saco y abandonado en medio de la arena; el intento de uno de los banderilleros –Luis Morales– de retirarlo, asiéndole de un brazo, y su desistimiento al ver que él solo no podía con él (gesto que casi todos interpretaron equivocadamente como de desprecio o falta de interés hacia la víctima) hizo que el público se enfureciese contra los dos peones.

Y sucedió que, apenas retirado el herido, empezaron a llover almohadillas en señal de protesta contra quienes maldita la culpa que tenían. Uno de ellos –Agustín González, alias *Michelin*– se vino hacia las tablas, frente por frente a mi localidad, y apenas puso mano en la talanquera, cuando de las alturas de mi tendido 2, un energúmeno –y no quiero calificarlo peor– le arrojó un botellazo criminal, que fue a estrellarse, haciéndose pedazos, con-

tra la valla, y que pasó, silbando, entre mi cráneo y la sirga de la barrera. Si llega a desviar unos centímetros su trayectoria, yo no sé lo que ocurre: no quiero ni pensarlo.

El espontáneo salvó la vida, porque el toro le cogió tan de lleno, que *lo encunó*, como se dice en el argot taurino, causándole una intensa conmoción visceral de la que se repuso poco tiempo después».

El toro era de la ganadería de Sánchez Fabrés. No se dio su nombre en la crónica de la corrida que apareció en el periódico. No se nombró en ella ni a toros ni a toreros, como castigo de silencio y en señal de protesta, adherida a la del respetable, por lo que pareció un gesto de desatención al espontáneo cogido.

El toro no mereció ese castigo, que se acostumbra a dar en el trato humano y en el mundillo literario. Pero así fue.

Mansos

El destino del manso, tanto en la ganadería como en la tauromaquia, es pasar sin pena ni gloria. No recibe puyazos ni estocadas, pero tampoco aplausos y vueltas al ruedo. Es llamado cabestro, buey, boyarrón. Se le usa como guía de la manada en el encierro, como «esparrin» de cornadas en el desencajonamiento, como escobón en la plaza para recoger toros cojos y vaquillas cansadas.

Su papel en el espectáculo es secundario. A ratos se desarrolla como entre bastidores y con los tramoyistas, en los preparativos de la fiesta. Y ¡qué bien lo hacen! ¡Cómo se mueven por el laberinto de corredores y puertas en el apartado de los toros, ante la mirada de unos pocos aficionados o interesados!

Al ruedo salen solamente en última instancia, cuando la cosa se pone fea, para devolver al corral al toro que aparece defectuoso o que se desgracia a la salida o que no es del agrado del respetable. Entonces tiene que hacer su trabajo entre pitos, broncas y malos modos.

Los mansos no sueñan ni pueden pretender enfrentarse a las figuras del toreo en un coso. Aunque se ha dado algún caso excepcional, como veremos. La verdad es que, así como hay toros que mansean, también de vez en cuando salen mansos que torear; es decir, que embisten y se paran, que van al engaño y al bulto.

Uno de ellos, quizá el más célebre de su clase, fue «Curro». Tuvo el privilegio de ser lidiado por Joselito, dando un resultado tan sorprendente, tan inesperado, como se verá a continuación.

«Curro» y Joselito

Me enteré del caso leyendo viejas crónicas taurinas de Galo Vierge «Bonarillo» en «El Pensamiento Navarro». Comentaba las corridas de una feria no lejana de San Fermín en la que salían toretes sin trapío ni poder, hechos a base de pienso y consenso. Ante aquellos bichos, el veterano cronista, escapándose al campo de los recuerdos para contemplar cornúpetas de otra

estampa, rememoró la gran paliza que «Curro» le propinó a Joselito, el rey de los toreros.

En honor a la verdad debe decirse que «Curro» iba para toro de lidia; pero a causa de un accidente se quedó en toro de diversión para los aficionados, para festejos de embolados. Pertenecía a la ganadería navarra de don Cándido Díaz. Era berrendo en negro, como muchos de sus hermanos. Se le llamaba «Curro» porque tenía un cuerno que le cruzaba la cara, pegado a la piel, dándole un extraño aspecto.

«Se dio a conocer por toda la Ribera –contaba Bonarillo–, en las fiestas patronales, arreando palizas fenomenales a todos los que tenían la desgracia de caer bajo sus poderosas pezuñas, que empleaba para martirizar con endiablada saña a sus numerosas víctimas.

En los encierros de Pamplona gozó de inusitada popularidad. (Cuando se soltaban, en vez de vaquillas, toros para diversión de los aficionados). «Curro» poseía una inteligencia satánica, fuera de serie. Salía al ruedo a una velocidad vertiginosa por la puerta de chiqueros, arrollando todo lo que se oponía a su paso, con inmensa fuerza, y, después de zarandear a diestro y siniestro, se plantaba en el centro del ruedo, desafiando con aire retador, para ver quién era el guapo que se acercaba a sus dominios».

Tras esta divertida y espantable presentación, relatava Bonarillo que aquel animal, temperamental y calculador, parecía conocer y distinguir a las personas. Con algunos tenía ciertas consideraciones. Había un torerillo, llamado Julio Muñoz «Villavita», que le caía en gracia. Una mañana, durante el festejo que siguió al encierro, le dejaron al maletilla sólo en el ruedo y «Curro», ante el asombro de los espectadores, se dejó torear, contribuyendo a que «Villavita» realizara una gran faena y fuera sacado a hombros de la plaza.

Y aquí entra en escena Joselito. Era el 8 de julio de 1918 en Pamplona. Estando el torero en el hotel, escuchó comentarios sobre lo difícil que era torear a «Curro» y el famoso diestro, que tenía una categoría insuperable y una afición inmensa, quiso comprobarlo por sí mismo. Así se lo expuso al ganadero, don Cándido Díaz, allí presente, quien dio instrucciones para que se preparara inmediatamente la tiente. Al poco, fueron a la plaza, acompañados de un grupo de amigos y curiosos que no querían perderse aquel acontecimiento.

«Agustín Ustarroz, el valiente mayoral de la ganadería de don Cándido Díaz, dio suelta a «Curro», que salió una vez más a zurrar la badana al lucero del alba. Joselito, con el capote, logró darle varios pases, escuchando aplausos. El toro estaba sofocado. Tenía unos doce años. Joselito se confió. Entonces «Curro» se arrancó con fuerza salvaje sobre el gran lidiador, que no pudo librar la feroz embestida, siendo alcanzado de lleno y lanzado a gran altura. Con su víctima en el suelo, «Curro», frenético de coraje, sin distinguir jerarquías, propinó al rey de los toreros una soberbia paliza, digna de pasar a los anales de la historia taurina.

Al año siguiente –terminaba Bonarillo su relato– volvió Joselito a la feria de Pamplona. Don Cándido Díaz le dijo en tono de broma:

– José, ¿quiere usted que le saque a «Curro» de propina?

A lo que Joselito contestó sonriendo:

– ¡Osú, Osú...! ¡Aún me duelen los huesos de aquella paliza!».

Esta es la chocante historia de «Curro», mal encarado y peor educado, que trataba bien a un maletilla y sin respeto alguno a Joselito, el rey de los toreros.

«Morico» en el Gas

Fue el sábado, 30 de junio de 1951, por la tarde, durante el desencajonamiento. «Morico» era un cabestro, buenazo y cumplidor, que caía simpático y se hacía querer. Por eso el cronista taurino del «Diario de Navarra» le dedicó una parrafada cariñosa y laudatoria, como si se tratara de un «toro bandera», cuando le sucedió un accidente lamentable.

«Otra equivocación (decía, refiriéndose a la operación del desencajonamiento) fue sacar los bueyes a la salida de los toros –cosa que otros años no se hacía–. Para eso hay corral de sobra, para que los toros se desfoguen a solas y por su cuenta, y no a costa de los infelices bueyes. A «Morico» un toro de Concha y Sierra (cuyo nombre no se cita) le enganchó contra un burladero, produciéndole una gran cornada en la parte superior de la pata izquierda, de la que ojalá se cure, porque el infeliz «Morico», más que por su edad, todavía corta, es por su campechanía el niño mimado de los labriegos de los aledaños de «El Ventorrillo» tudelano. Les sale al encuentro cuando aquéllos vuelven de sus faenas del campo y siempre traen para él el mimo de unas hojas de remolacha y hortalizas, que «Morico» come de sus manos con ojos tiernos de gratitud. El pobre «Morico» se quedó cojeando, mientras de la brecha abierta le salía a borbotones la sangre templada de su media casta amansada y por el azabache de sus ojos corría, empañándolos, unas lágrimas de dolor. ¡Nos dio mucha pena el pobre «Morico»!».

Ahí acabaron para él los Sanfermines de aquel año. Tuvo que pasarlos en la «enfermería» del Ventorrillo. Si es que salió de aquella cornada tonta.

«Jardinero» en el encierro

En los encierros de 1976 el bicho más peligroso fue un manso, llamado «Jardinero», que en los dos primeros días repartió mucha leña a lo largo de todo el recorrido. Acerca del encierro del día 8 decía el «Diario de Navarra»:

«Una vez más, no fueron los toros los principales protagonistas o al menos los únicos. Porque el más destacado fue un manso, un increíble manso negro, que hizo de principio a fin la carrera por su cuenta, que golpeó a derecha e izquierda, y pateó a todo el que se movió a su alrededor».

Y si no repitió la hazaña fue porque no le dejaron salir los días siguientes.

«Lagarto» y «Pistolero»

Mansos de miedo y de leyenda, que dejaron rastro en la memoria de la gente y en el cuerpo de algunos mozos, fueron «Lagarto» y «Pistolero». De ellos habló José M.^a Iribarren en sus escritos sobre Sanfermines:

«El «Lagarto» es un manso *malcapáu* con seis años encima de sus lomos y que tira más cornadas que un miura. Hay dos mansos que pegan: el «Pistolero» y él. Pero el «Lagarto» es el que más atiza, el que más fuerza tiene. Ninguno nos queremos perder la salida a la arena del «Lagarto». Cuando los «sarracenos» que se tumban ante el toril se enteran de que va a salir el manso, se desperdigan.

Me he colocado junto al pastor, que es un tipo de Arguedas, magro y cenceño. Cuando sale el «Lagarto», el ruedo se despeja. Porque él se encarga de despejarlo. En un decir Jesús manda a tres por los aires, atropella, cornea, limpia las vallas, vuelve al centro del ruedo.

Cuando el «Lagarto» ha hecho de las suyas y dan orden de volverlo al corral, mi amigo y yo corremos hasta la enfermería. Allí están, pálidos y contusos, los primeros heridos de la mañana, las víctimas del manso *malcapáu*. Afortunadamente, sus heridas son leves: pisotones, rasmazos en la piel, golpes y contusiones que les están curando los practicantes. Los médicos (Juaristi, Armendáriz, del Campo) no han tenido que intervenir».

«Arrula» y compañía

Otros mansos se hicieron famosos fuera de los Sanfermines, en fiestas de los pueblos, y conviene recordar sus fechorías. En primer lugar, «Arrula», que es citado también en libros de Iribarren y de Azcona.

«El toro Arrula fue un cabestro muy célebre en Tafalla, así llamado porque hirió gravemente a su castrador «Arrula». Dicho *manso*, fiero y corneador, en las fiestas tafallesas de 1860 se metió en una casa, penetró en la cocina y, después de hacer trizas una tinaja y obligar a la dueña del piso a meterse bajo una cama, costó Dios y ayuda bajarlo».

Anécdotas como ésta, de toros desmandados o de vacas furas que allanan viviendas sin mandamiento judicial ni oposición de los propietarios, se han dado con frecuencia en los pueblos. Recordamos «el caso de un cabestro que en las fiestas de Ablitas de 1932 penetró en una casa, sembró el pavor entre sus ocupantes, subió al segundo piso, se asomó a una ventana por la que acababa de descogarse un mozo y, viendo que las manos de éste permanecían aferradas al alféizar, tuvo un gesto indulgente y se las lamio». Un detalle de bondad, en medio de la fiereza, que manifiesta la desconcertante psicología del toro, sea bravo o manso.

Esto trae a la memoria el nombre de «Almirante», toro navarro, lidiado en Pasajes (Guipúzcoa) el 15 de agosto de 1858 en la casa del Ayuntamiento; en un descuido de los peones entró en la casa consistorial, subiendo las escaleras hasta el último piso y asomándose a uno de los balcones; como no hubo forma de hacerle bajar, tuvieron que matarlo a tiros.

En los últimos años (década de los 80) estos casos han proliferado, o al menos se dan más noticias sobre ellos en la prensa. El 14 de septiembre de 1983 informaba el «Diario de Navarra» que en Lumbier, por fiestas patronales, una vaquilla se metió en un portal y subió hasta el segundo piso; allí, al verse reflejada en un espejo, arremetió contra su figura, haciendo trizas el cristal; una mujer salió al balcón pidiendo una escopeta para matarla.

TOROS CELEBRES EN EL ARTE Y EL FOLKLORE

La bravura de los toros navarros tenía causas naturales: vacas furas, ganaderos expertos, hierbas finas en tierra bravía. Pero contó también con la ayuda sobrenatural del cielo, impetrada al uso de los viejos tiempos. No había reconocimientos veterinarios, pero sí bendiciones litúrgicas.

En *Los toros* de Cossío se presenta como singular «la noticia de que en Tudela de Navarra, por la mañana del día de la fiesta de toros, llevaban a un capuchino a fin de que los conjurase para que salieran bravos». Añade que esa noticia se confirma con otra que se da en una *relación* publicada en el *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra* (1926) y titulada *Tudela en 1797*. Dice su autor, contemporáneo de lo que narra: «Confieso que fui igualmente sorprendido cuando vi bendecir los novillos que debían servir para la novillada que se da gratuitamente al pueblo el día de Santa Ana». Y para colmo de su asombro, se entera de que «este mismo día las Religiosas, cuya regla es tan austera, hicieron correr una ternera en el interior del convento».

No creo que sea muy extraña la ceremonia de bendición de los toros, considerando que se trata de ganado semidoméstico y de festejos populares. El hisopo rociaba abundantemente por San Antón con agua bendita a la dula, compuesta de caballos y yeguas, machos y mulas, burros y burras, cerdos, vacas, ovejas, cabras, etcétera; no entendiendo por qué habían de ser excluidas o excomulgadas las reses bravas, que trabajan al servicio de ganaderos y pastores, y que contribuyen de forma destacadísima al regocijo general en las fiestas patronales.

José M.^a Iribarren, conocedor como nadie de la historia e idiosincracia de Tudela, facilita información de primera mano sobre el autor de tales extrañezas y sobre la influencia taurina en el folklore religioso y profano de la Ribera.

Fue un cura francés el divulgador de unos hechos que anotó en sus memorias porque le resultaban chocantes a él, aunque para los de la tierra fueran normales y pasaran desapercibidos. Se llamaba José Branet. Era un sacerdote gascón que estuvo «refugiado», exiliado se diría ahora, en Tudela por los años de la Revolución Francesa. Escribió un libro titulado *Tudela en 1797 - Notas de un emigrado francés*, en el que aparecen las curiosas noticias anteriormente transcritas. El párrafo completo, dedicado al encierro de las monjas, es como sigue:

«Voy a añadir, para probar el gusto de los navarros por estas fiestas, una anécdota que no es creíble y que, sin embargo, es la pura verdad. Es que, en este mismo día (se refiere al de Santa Ana de 1797) las religiosas capuchinas, cuya regla es tan austera, y las llamadas de la Enseñanza, hicieron correr igualmente una ternera en el interior de su convento, de modo que no hubo comunión al día siguiente, aun cuando era de regla».

¡Sería cosa de ver —comenta Iribarren— a las buenas monjitas citando a la novilla, para correr llenas de susto por los senderos de la huerta o esconderse en las puertas del claustro!

Aquellas monjicas no querían perderse lo mejor de las fiestas. Renunciaron al baile, pero no a las vacas. Hacían a su manera, con hábitos, ante una

ternera, lo que habían hecho cuando estaban en el mundo y lo que han seguido haciendo las mozas en muchos pueblos navarros.

«La vaca —escribió Iribarren— viene a ser como una diosa esquiva e iracunda a la que cada pueblo rinde culto, unos días al año, bajo el solazo achicharrante del estío, después de «replegada» la cosecha cereal. Es un culto ancestral, apasionado y sádico, donde la vaca, «tótem» y víctima, es festejada y escarnekida, adorada y odiada a la vez. No se concibe fiestas sin vacas.

Son vacas de la tierra, flacas, rojizas y de mucha sangre. Ladinás y avisadas. Vacas anónimas y de lámina casi igual, los mozos suelen diferenciarlas por su índole o sus rasgos externos: la Curra, la Traidora, la Ojerosa, la Cornigacha. Las hay tan listas o tan criminales que llegan a adquirir celebridad y pasan al folklore pueblerino.

Hubo un vaca de la ganadería de Vergara, la vaca «Matea», que se hizo popular en las tierras del Ebro por lo traidora y brava, y porque había dado muerte a un guardia civil.

Don Jorge Díaz tuvo una en Funes, la «Ratona», que dejó raza. Estaba mocha de tanto palo como recibió. Un año la llevaron a Burdeos en tren, contratada por los franceses. La Ratona se escapó de Burdeos y venteando, venteando, se volvió sola a Funes. Al atravesar pueblos, la muy tuna se fingía lechera y mansa, pero en saliendo a campo raso, la emprendía a trotar. Y así hasta el soto.

Otra que dejó rayas hechas fue la «Barquillera», una vaca de Zalduendo que «sabía latín y era más mala que un nubláu». La más temida en las capeas por lo traidora y porque había pasaportado al otro mundo a tres de nuestros semejantes. Cuando en los pueblos salía al ruedo, las mujeres lanzaban tales gritos de angustia que ponían los pelos de punta.

Era la que más carne hacía en los mozos. Pasó al folklore. Cuando hace (cincuenta) años el Poeta de Arguedas y la Ciega de Villafranca recorrían los pueblos echándose canciones y «endiletas» al compás de un mugriento guitarrón, ella le decía a él:

En Castilla me dijiste
que eras un buen zapatero,
y *ahora* resulta que no eres
ni galgo ni conejero.

Y el Poeta fingiéndose ofendido, le retrucaba:

Tú también me asegurabas
que eras buena costurera;
m'has salido más traidora
que la vaca «Barquillera».

En un libro como éste, sobre toros célebres, había que dedicar unas líneas siquiera a vacas famosas. Aquí están. Siquiera para que no digan que son marginadas. Sus nombres o mote, si los tienen, no figuran en las historias de la tauromaquia; pero en los pueblos las conocen y las recuerdan. ¡Vaya si las recuerdan!

Dicho esto sobre las vacas en el folklore festivo, pasemos a ver toros en el arte plástico. Los primeros documentos que de ellos tenemos no son palabras escritas, sino piedras labradas. Y se hallan (aquí también topamos con la

Iglesia, afortunadamente) en el claustro de la Catedral de Pamplona. Fueron estudiados por José E. Uranga, quien publicó en la revista *Vida Vasca* de 1948 un interesante trabajo, ilustrado con fotografías.

Comienza con dos afirmaciones: que fue en Navarra donde primero se corrieron toros para diversión de actores y espectadores, y que el culto a ese animal, rito sagrado en su origen, ha dejado en nuestra tierra repetidos recuerdos gráficos. Cita, para probar esto último, «la lápida romana de la hija de Viriato que se conserva en la ermita de San Sebastián de Gastiain donde aparece la efigie del rey de la fiesta nacional; asimismo en un ara, también romana, que se encuentra en la iglesia de Ujué, y en otra del museo de Javier, se ven sendas cabezas de toro».

Dice que «en el románico también abundan las representaciones de este animal, como, entre otras, en las ménsulas de las puertas de Leyre, Gazólaz, etc. etc. En uno de los capiteles de la ermita de Garisoain, obra del siglo XIV, se ve una hermosa cabeza de toro».

Después, dejando el aspecto religioso del asunto y centrando la atención en su práctica como juego popular, describe Uranga las varias escenas escultóricas de toros que hay esculpidas en la Catedral de Pamplona. Están todas ellas, menos dos, en el claustro procesional. Las dos separadas, que son las más antiguas, se encuentran en lo que fue refectorio catedralicio y hoy es museo diocesano.

Una de éstas, situada en la ménsula de arranque de uno de los arcos de la bóveda, presenta a un hombre con larga melena y barba, sujetando por los cuernos a un toro al que un perro hace presa en una oreja. La otra, en el capitel de la ventana del lado de la Epístola, representa una escena similar.

Las esculturas, especialmente la primera, son magníficas de talla y expresión. Muestran, tanto la fortaleza del hombre en la lucha contra el toro como el uso del perro para dominarlo. Y hay un detalle interesantísimo, que sirve para datarlas. Al arrancar las pinturas murales que decoraban el ábside del refectorio, se descubrió una inscripción que facilitaba tres datos: el nombre del generoso constructor, Juan Pedro de Estella; el nombre del pintor, Juan Oliverio; y la fecha en que fueron ejecutadas: 1330. Por tanto, las esculturas, anteriores a los murales, tuvieron que hacerse antes de esa fecha, en los primeros años del siglo XIV.

En los capiteles del claustro, como se ha dicho, tenemos varias escenas escultóricas de toros. De ellas vamos a señalar dos o tres por el interés que suscitan al mostrar antiguos lances del toreo.

Una está sobre la puerta de la sala capitular o capilla Barbazana. Se ve a un hombre a pie, vestido con largo sayo y armado con espada al cinto, clavando una lanza en el testuz de un toro que le acomete. Es la representación de la suerte denominada «lanzada a pie», considerada como una de las más primitivas de la lidia taurina; la cual, según los cánones, «se debe hacer clavando la lanza en tierra, inclinada hacia el lado por donde el toro ha de venir, y luego que éste venga, la alzará o bajará para que en medio de la frente se le clave». José M.^a de Cossío, en su monumental obra *Los toros*, la reproduce y destaca el valor documental de esta escultura.

Habla también el ilustre publicista de otras escenas taurinas esculpidas en el (calificado por él) interesantísimo claustro catedralicio de Pamplona. Por ejemplo, de la que se halla en uno de los grandes capiteles corridos que

decoran las haces de columnas de separación de dos ventanales y que representa «a un toro acosado por dos perros que hacen presa en sus orejas; uno de ellos es sujetado del collar por la mano derecha de un hombre, vestido con largo sayo y puñal al cinto, que levanta la izquierda sobre el testuz del animal en actitud de apuntillarlo; por detrás, otro hombre practica en el toro la suerte del coleo». Al comentar esta escena, Cossío resalta su valor como prueba de la antigüedad del empleo de perros para sujetar toros. Dice que es la primera, «inicial de la dilatada serie de representaciones gráficas que han de reproducirla», teniendo en cuenta que el claustro es del siglo XIV.

En el mismo capitel, por la parte que da al jardín, se ve un toro enorme doblando las manos, derrumbándose, atravesado por una lanza, rota la vara, con salida del hierro por el vientre, tragándose la muerte; «las patas dobladas, el morro alargado, la lengua fuera, los ojos agónicos, todo contribuye a dar a la escultura un gran dramatismo y un gran realismo».

Hay varias escenas más, todas interesantes; por lo que se puede afirmar que el claustro de la Catedral de Pamplona es, además de joyero arquitectónico en su género, museo selecto de esculturas de temas taurinos. Contemplando los distintos lances que se representan en piedra, nos hacemos idea de lo que pudo ser una corrida medieval en Navarra o de lo que era entonces, no lidia propiamente dicha, sino caza de toros.

Contemplando efectivamente, no un detalle aislado, sino el conjunto de las escenas talladas en los capiteles de la citada puerta de la Capilla Barbazana, vemos que es una exposición variada de cacerías: hay pastores con perros persiguiendo a jabalíes, leones devorando a sus presas, un centauro disparando su arco, un águila clavando sus garras en una liebre, un aldeano cazando pájaros con liga; y en ese muestrario de escenas de caza, dentro de una profusa decoración vegetal, figuran las representaciones taurinas señaladas: un hombre entunicado, alanceando a un toro; y otro, forzado, sujetando a la fiera por los cuernos, en cuya oreja ha hecho presa un perro.

Además de estos toros de piedra, que pastan en el campo gótico entre ojivas catedralicias, tenemos otros no menos artísticos y célebres. Uno de ellos es un toro de bronce, una obra de arte, una escultura de Mariano Benlliure. Se titula «La estocada de la tarde». Representa al miura «Barbero» y pertenecía a don Antonio Moreno Urisarri.

Baltasar Soterías lo presentó en la revista «Pregón», haciendo su «desencjonamiento» literario con estas palabras:

«Se encuentra en Pamplona una de las más bellas obras de Mariano Benlliure. Es la figura de un toro en trance de muerte, con el estoque clavado hasta la empuñadura en lo alto de las agujas, luchando por mantenerse en pie, tambaleante, con la boca abierta y los ojos inexpresivos, con un trozo de la pechera del matador enhebrado en el pitón derecho».

El matador fue Rafael González Madrid «Machaquito». Sucedió en la plaza de toros de Madrid el 9 de mayo de 1907. El gran escultor y aficionado taurino, que se hallaba aquella tarde en la plaza, contempló la extraordinaria faena al toro «Barbero», de la ganadería de Miura, coronada con una soberbia estocada y seguida de una espectacular caída del astado.

«Obsesionado Benlliure con la estocada de «Machaquito» y la muerte de aquel bravo toro, se puso a trabajar en la famosa obra «La estocada de la tarde», de la que realizó cuatro versiones diferentes. Una de ellas se halla en

poder de la familia de «Machaquito», otra la posee la familia Pagés, la tercera fue adquirida por la viuda de un reporter taurino (¿Don Modesto?), siendo la cuarta la que posee el doctor Moreno Urisarri. Fue confeccionada en 1928 y es, de las cuatro existentes, el ejemplar más bello, con características distintas a las anteriores».

En la obra taurina de Cossío, en el capítulo titulado a «Los toros en las artes plásticas», se lee:

«Benlliure ha realizado una extensa obra dedicada a aspectos, lances e incidentes de la fiesta taurina, llena de detalles anecdóticos y de cierto gracioso y fino acierto descriptivo, que ha logrado obtener una gran popularidad. Muy representativa de este arte de Benlliure es la obra que fue bautizada por el autor con el título de *La estocada de la tarde*.

Es un toro que, próximo a morir bajo el efecto del estoconazo del diestro, levanta una pata, como iniciando el desplome que arrancará la ovación al matador; ovación que ¡oh sorpresa! está ya representada también por el escultor en los varios sombreros y abanicos que, sólidamente esculpidos junto a las patas del toro, se supone han sido arrojados por el público».

Al miura «Barbero» en su versión escultórica, de la ganadería artística de Benlliure, por el hecho de estar en una casa pamplonesa, lo contamos también entre nuestros toros célebres.

Relatos de cogidas

Los relatos de cornadas suelen ir firmados por escritores; es decir, por gente que ve o se imagina el suceso; no por el que lo sufre en su carne. Pero hay relatos autobiográficos. E impresionan tremendamente, aunque vayan sin recursos literarios, porque informan de primera mano sobre los momentos críticos en que un hombre se debate entre la vida y la muerte. Y haciéndose reportero de su lucha interior, dirige sus facultades sensitivas hacia los adentros, anota los detalles mínimos de su agonía cuando los demás le creen sin sentido y después, superado el trance, de vuelta al mundo de los vivos, lo cuenta. Que para eso *ha quedao*: para contarlo.

Tenemos estos relatos gracias a los periodistas que visitan a los heridos en los hospitales y llevan, colgada al hombro, la grabadora. Después, en la redacción, se limitan a poner por escrito las palabras grabadas en la cinta. A continuación reproducimos algunos casos, tomados de páginas del «Diario de Navarra».

El 20 de agosto de 1981, Inés Artajo publicaba lo que le había contado en el Hospital de Navarra Félix Zaratiegui, cogido en uno de los encierros de Tafalla.

Félix Zaratiegui, de 58 años, sufrió una herida por asta de toro en hemitórax derecho, con orificio de entrada y salida de unos quince centímetros de longitud, que interesaba diafragma y segmento basal del lóbulo inferior derecho del pulmón, además de dos costillas fracturadas y grandes desgarros musculares. Fue intervenido quirúrgicamente y mantenido durante varios días en la UVI o Unidad de Cuidados Intensivos. Al salir de ella y pasar a una habitación de la planta de Cirugía Cardio-Vascular, teniendo todavía un

drenaje en el pulmón derecho y con dificultades respiratorias, le contó a la periodista lo siguiente:

«Siempre me ha gustado ver los toros de cerca, mirarles a los ojos cuando pasan a mi lado. Otras veces me colocaba en la esquina del bar «Rafael» (de Tafalla), justo en la curva, y así he visto cantidad de encierros bonitos. Aquel día (16 de agosto de 1981) decidí cambiarme de sitio; me coloqué en la acera junto a la estación de autobuses «La Tafallesa» para ver cómo pasaban los toros por aquel tramo. Desde donde estaba veía toda la carrera por la carretera y hasta la entrada en la plaza.

Al pasar los toros, vi que uno se paraba delante de mí. Muchos mozos se movían, pero ni siquiera les lanzó un derrote. No dejaba de mirarme. Era una mirada fija, una mirada asesina. Intenté correr para buscar la protección de una valla, pero el animal me siguió mirando y yo estaba pendiente de sus ojos. Todavía tengo su mirada clavada en el corazón. Creo que me caí de miedo. El toro me lanzó un derrote y, aunque de momento no consiguió herirme, me tiró al suelo y me embistió contra la pared. Pegó un golpe tan fuerte con su testuz que por poco se destroza. Seguí quieto en el suelo y entonces me embistió con toda su furia y me empitonó en el costado derecho.

Noté cuando el animal me cogió. Me llevaba como una guinda por el suelo. Al caer de su cuerno, empecé a notar el ruido del aire que me entraba por el pulmón y el chorro de la sangre. Estaba tan asustado que de mi cabeza no se apartaban los ojos del toro. Oía chillar a la gente y de verdad que creí que era mi fin. Esperaba morirme de un momento a otro y me extrañaba que la muerte viniera cuando yo todavía veía la calle y oía a la gente. Decía «ahora, ahora»; pero no me notaba morir.

Ya en la camilla la gente se acercaba a verme y les oía decir «éste se muere, tendrá el hígado destrozado», pero yo no perdía el conocimiento y me extrañaba. Llegué a pensar que morir se era fácil. Entonces dijeron: «Con éste a Pamplona, aunque seguro que no llegará». En la ambulancia todavía se oía más el aire que entraba en el pulmón.

Un médico venía atendiéndome. De vez en cuando me abría los ojos y me miraba dentro. «Sigo vivo», pensaba. Cuando llegué al Hospital, el médico me metió la mano en la herida. Le oí decir que el asta no me había llegado al hígado y que me iban a operar. Sólo entonces fue cuando comencé a coger nuevamente fe en la vida. Iban a intentar salvarme.

Cuando creí que iba a morir me preocupé de mi familia. Son unos pensamientos raros los que vienen. Me preguntaba si ellos creerían que había sido un irresponsable por ponerme cerca a ver los toros. Sé que es normal que un hombre de 58 años muera de enfermedad o de accidente, pero no creía que mi familia viera normal que a mi edad muriera por culpa de un toro. Me daba pena dejarles ese sentimiento.

No me han regañado todavía. Es pronto. Lo normal ahora que estoy tan jodido es que me traten con delicadeza. Si me curo, ya tendrán tiempo de chillarme; aunque no sé si conseguirán que deje de ver los toros de cerca; aunque, eso sí, más protegido. Si el año que viene no vuelvo, no será por sus gritos, sino por aquella mirada fija del toro que pedía sangre con sus ojos».

Este es el relato de la cogida de un hombre mayor, contada por él mismo, con gran clarividencia de lo que le sucedía en su interior y en el exterior

mientras era tratado como algo inerte. Se observa cómo trabajaba su oído interno, cómo oía la entrada de aire en su pulmón por la brecha de la herida, y los comentarios nada tranquilizadores ni comedidos de la gente que le rodeaba. Destaca asimismo el sentido de la vista y su poder; todo comienza porque él quería ver a los toros de cerca; el percance sucede porque un toro se paró ante él y le clavó una mirada asesina, antes que el pitón; y al fin, lo que se le queda más grabado son los ojos del animal; unos ojos que, sólo revistos y fijos en su recuerdo, le paralizan de miedo; ojos que quiere y no quiere volver a ver.



La misma periodista, Inés Artajo, publicó el 11 de julio de 1984 otro relato de ese género tan original como interesante. El narrador de sus cornadas en este caso era un joven norteamericano de 23 años, Stephen Townsend. Fue cogido en el encierro del día 10 al final de la calle Estafeta. Un toro llamado «Rehilera» le corneó en la pierna izquierda, a la altura de la región inguinal, lesionando el paquete vasculo-nervioso y seccionándole la vena femoral y colaterales de la arteria femoral. La herida presentaba una longitud de más de cuarenta centímetros.

Stephen Townsend ingresó minutos después en el Hospital de Navarra con shock hemorrágico, prácticamente desangrado. En el Servicio de Urgencias, los médicos consiguieron remontarlo con una primera transfusión de diez frascos de sangre, mientras contenían la hemorragia. Se le practicaron suturas continuadas en la vena femoral, que presentaba una sección de unos cinco centímetros. Dos horas después, en el quirófano se seguían suturando vasos y recomponiendo el paquete vasculo-nervioso que estaba totalmente desgarrado. Posteriormente se le trasladó a la Unidad de Vigilancia Intensiva, donde permaneció varios días.

Al salir de ella, fuera ya de peligro, en animada charla con los amigos americanos con quienes había venido a Sanfermines, contó su aventura del encierro y los momentos en que su cuerpo estuvo sometido a las embestidas y cornadas del animal.

«Corrí delante de la manada por la Estafeta, ante los cuatro toros que la encabezaban. Me di cuenta enseguida de que faltaban dos y, como mis compañeros me habían alertado de lo peligroso que eran los toros rezagados, me aparté del recorrido. Sabía que muchas de las cogidas las provocan los toros sueltos y no quería ser uno de los heridos.

Me coloqué en la acera (entre el bar Flores y la Farmacia Iturria) y entonces vi que el penúltimo toro se detuvo y dio la vuelta. Se quedó cerca de mí y de repente me miró fijamente. Vi que se me acercaba y ya lo tenía encima, sin posibilidad de escapar o de tirarme al suelo. Me embistió. No sé si me hirió entonces. Me levantó por los aires y me lanzó al centro de la calle. Quedé boca arriba y el animal siguió con mi cuerpo. Utilicé los pies para empujarle, para apartarle, pero el toro no se movía. Seguía con su cabeza y sus cuernos fijos en mi cuerpo.

Cuando creí que el toro me había dejado ya, comencé a incorporarme para escapar del toro. Entonces, después de haberme dejado en paz, el toro debió de fijarse otra vez en mí y me atacó nuevamente. Me levantó hasta la acera, me golpeó, me embistió y me sacó otra vez a la calzada.

Tenía que detenerlo como fuera, quitármelo de encima y, tendido en el suelo, le empujaba con mis brazos. Me resistía como podía, con todas mis fuerzas. Era su vida o la mía. No es cuestión de valor, sino de supervivencia. No podía consentir que me matara.

Luché con el toro a vida o muerte, con los brazos, con las piernas y con todo mi cuerpo. Sólo quería escapar de él, pero era un muñeco entre sus astas. Intenté dominarlo, luché por detenerlo y huir y en ese enfrentamiento ni siquiera noté que me clavaba el cuerno. Después, cuando me dejó y conseguí reptar hasta la acera, mi cuerpo se iba llenando de sangre, pero hasta instantes después no comprendí que era la mía y que salía a borbotones. Entonces sentí todo el pánico del mundo y grité para que me auxiliaran.

Entonces no pensaba en la muerte, sólo en seguir viviendo, en permanecer consciente. Pasé mucho miedo. Estaba aterrorizado y quería auxilio, que me ayudaran para salir de allí. Unos mozos me tocaban la cabeza, me decían «tranquilo, tranquilo». Todo había pasado, pero mi sangre se iba, me cubría todo el cuerpo, impregnaba toda la calzada.

Ahora, al ver las fotografías, al ver que vivo gracias a que una nueva sangre corre por mis venas que llegaron a estar vacías, es cuando he comprendido que yo estaba muriendo momentos antes, que con la sangre se iba y deprisa mi vida. Entonces ni siquiera lo pensaba. Debía de ser que sólo luchaba por vivir. Porque en eso sí que puse todo mi empeño.

He salvado mi vida en Pamplona, aunque aquí haya estado a punto de perderla. Y aquí estaré el próximo año en Sanfermines y, si puedo, en los encierros».

El protagonista de esta emocionante aventura era un joven que por su edad y profesión, piloto de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, estaba preparado para enfrentarse a situaciones de extrema peligrosidad. Tenía fortaleza física y enorme coraje. Lo demostró en la pelea callejera, desigual e insensata, que mantuvo con un toro furioso, aunque no fuera la manera más idónea de luchar por su vida; en su caso lo mejor, o lo menos malo, era hacerse el muerto.

En cuanto a su relato, se observa la repetición de un detalle destacado en el anterior: la mirada fija y penetrante del toro antes de embestir de cerca; los ojos, antes que los pitones, se clavan en la víctima aojada con un extraño poder paralizante.

INDICE ONOMASTICO DE TOROS

Aficionado	[15]	203	Escorpión	[30]	218
Agraciado	[40]	228	Escultor	[31]	219
Aguijito	[32]	220	Espantavivos	[2]	190
Alemán	[28]	216	Espigares	[35]	223
Algabeño	[32]	220	Estribero	[25]	213
Almendrito	[43]	231			
Almirante	[47]	235	Famoso	[2]	190
Alpargatero	[37]	225	Fantasma	[21]	209
Amargoso	[29]	217	Flautero	[14]	202
Antioquío	[12]	200	Flor de jara	[35]	223
Argentino	[35]	223	Formalón	[40]	228
Arriero	[43]	231	Furioso	[42]	230
Arrula	[47]	235			
Artillero	[2]	190	Gaditano	[43]	231
Asesino	[2]	190	Galguito	[32]	220
Atizador	[27]	215	Gardenio	[16]	204
Avión	[43]	231	Gastador	[3]	191
			Gazapito	[42]	230
Barbero	[51]	239	Generoso	[4]	192
Barquillera	[49]	237	Giraldito	[43]	231
Baturro	[29]	217	Guineo	[31]	219
Bellotero	[24]	212			
Bilbainoso	[14]	202	Habitante	[12]	200
Borracho	[2]	190	Hatero	[33]	221
Borrego	[16]	204	Herrerito	[38]	226
Boticario	[20]	208	Hilador	[20]	208
Buscalíos	[30]	218			
Buscavidas	[2]	190	Importuno	[32]	220
Cabrero	[3]	191	Jabalino	[35]	223
Cacharrero	[12]	200	Jardinero (Díaz)	[3]	191
Caimán	[5]	193	Jardinero (Elorz)	[4]	192
Canario	[36]	224	Jardinero (manso)	[46]	234
Candelito	[40]	228			
Cantinerio	[7]	195	Lagarto	[46]	234
Cara de rosa	[43]	231	Lancero	[2]	190
Cariñoso	[24]	212	Lazarillo	[3]	191
Carpintero	[28]	216	Lechonero	[15]	203
Centinela	[3]	191	León	[32]	220
Coloso	[1]	189	Liebrero	[25]	213
Confitero n.º 5	[20]	208	Ligero	[6]	194
Confitero n.º 64	[20]	208	Limón	[3]	191
Corruco	[22]	210	Limpiador	[43]	231
Cortito	[1]	189	Lobito	[2]	190
Cuartelero	[2]	190	Lucero	[21]	209
Curro	[44]	232	Luncio	[40]	228
Chalequito	[29]	217	Llavero (Carriquiri)	[2]	189
Chocolatero	[6]	194	Llavero (Espoz y Mina)	[4]	192
Churrero	[29]	217			
			Madrileño (Díaz)	[3]	191
Delirio	[31]	219	Madrileño (Domecq)	[31]	219
Divertido	[12]	200	Mainete	[2]	190
Divisionario	[40]	228	Malaquino	[30]	218
Dominante	[43]	231	Manchego	[3]	191
			Manta al hombro	[1]	189
Elefante	[2]	190	Martillo	[1]	189
Escobero	[12]	200	Matea	[49]	237

TOROS CELEBRES EN NAVARRA

Médico	[20]	208	Reposado	[10]	198
Molinero	[2]	190	Reprobado	[10]	198
Monterilo	[38]	226	Revoltoso	[33]	221
Morico	[46]	234	Rubiano	[38]	226
Murciélago	[6]	194			
			Sacristán	[36]	224
Nadador	[15]	203	Saltador	[5]	193
Navajito	[33]	221	Salto	[38]	226
Navarrico	[11]	199	Sandino	[3]	191
Nevao	[5]	193	Sargento	[2]	190
Nueve cosechas	[30]	218	Sebrijano	[38]	226
			Semillero	[9]	197
Palmello	[11]	199	Sereno	[1]	189
Palomero	[33]	221	Sevillano	[19]	207
Paquete	[34]	222	Sillero	[6]	194
Patirroto	[12]	200	Silletero	[12]	206
Pelotero	[3]	191	Sonajillo	[12]	200
Peluquero	[5]	193			
Perdigón	[4]	192	Taquillero	[36]	224
Perlito	[15]	203	Tesonero	[23]	211
Peruano	[42]	230	Tirabeque	[1]	189
Pistolero	[46]	234	Torrejón	[35]	223
Planchero	[42]	230	Tostadito	[36]	224
Portagüelo	[6]	194	Tragaleguas	[24]	212
Predicador	[15]	203	Traidor	[42]	230
Provinciano	[2]	190	Tumbaquero	[29]	217
Rabioso	[29]	217	Vareto	[31]	219
Rancherito	[29]	217	Vencedor	[38]	226
Ratona	[49]	237	Ventero	[31]	219
Rehilera	[15]	203			
Religioso	[42]	230	Zafranero	[5]	193
Remolcador	[29]	217	Zamarro	[3]	191

